

**Star Wars**

# **El Último de los Jedi**

## **7 - Arma Secreta**

**Jude Watson**

## CAPÍTULO UNO

Siempre oía la respiración primero. El chirrido incorpóreo de la inhalación, el ruido resonante de la exhalación. Eso nunca dejaría de sobresaltarle. Había tenido el deseo repentino de correr, encontrar el agujero más diminuto de la galaxia y meterse en él.

No era exactamente una respuesta heroica, pensó Ferus, pero él no era un héroe. Ese desagradable hecho en particular estaba volviéndose más claro para él día a día.

Y tenía la sensación de que incluso en el agujero más diminuto de la galaxia Darth Vader le encontraría y le sacaría de allí con su habitual eficiencia cruel.

En lugar de eso, Ferus Olin estaba allí, un antiguo Jedi, un antiguo luchador de la resistencia, ahora un agente imperial. Un agente doble, por supuesto, pero si hubiese sabido lo atrapado que iba a sentirse escogiendo ese papel en particular, se habría quedado en la ocupada Bellassa con los soldados de asalto respirándole en el cuello. Y ahora aquí estaba en una nave imperial, algún prototipo liso y potente de los astilleros de Sienar. Ni siquiera sabía a dónde iba, porque nadie se había molestado en decírselo. Nadie confiaba en él lo suficiente.

La puerta de la sala de descanso se abrió con un siseo.

—Manteniéndote fuera de la vista, por lo que veo —dijo Darth Vader.

Ferus mantuvo su cara neutral e intentó no dejar que sus nervios interfirieran con la energía de la habitación. —Simplemente disfrutando del viaje.

Vader permaneció en el umbral, llenándolo con su presencia, absorbiendo la luz artificial con la maciza armadura de plastoide que llevaba puesta.

Desde que Ferus había accedido a trabajar para el Imperio, había sido una molestia para Darth Vader. Eso estaba claro. Una molestia mezquina, porque si verdaderamente le hubiese desafiado, Ferus no tenía duda de que Lord Vader le habría aplastado. Así que se había acostumbrado a esconderse más allá de su vista, encontrándose con él ocasionalmente, y siempre retrocediendo. Era más fácil mantenerse fuera de su vista.

Sólo había un punto débil en ese plan: Vader no estaba de acuerdo con eso. En ese viaje, Ferus había notado que Vader había insistido en hablar con él. Incluso inició conversaciones. Estaba claro que esas conversaciones estaban diseñadas para ponerle de los nervios. El Emperador había obligado a Vader a llevar a Ferus en ese viaje, Ferus no tenía ni idea de por qué, y Vader no estaba muy contento con eso. En lugar de ignorar a Ferus, había decidido jugar con él, de la forma en la que un felinx podría batear de un lado a otro a un ratón de campo antes de devorarlo de un bocado.

En esa máscara de respiración, las expresiones de Vader no podían verse. Pero Ferus sentía su desprecio.

La sangre de Ferus hirvió. Luchó por mantener la calma. La mera presencia de Vader era suficientemente mala; cuando Ferus sentía su desprecio, eso inflamaba la profunda furia y la amargura que sentía.

Hace menos de una semana, Ferus había apostado y había perdido. Había tenido la seguridad de que Vader estaba planeando la invasión de Samaria, donde Ferus había establecido contacto con la resistencia. Vader le había sobrepasado con astucia.

Había invadido el planeta vecino de Rosha en lugar de eso. Y Ferus simplemente había enviado a su amigo y compañero de trece años, Trever, allí.

Vader había obtenido un placer particular mostrándole a Ferus las humeantes ruinas de la ciudad capital de Rosha. Incluso las habían sobrevolado antes de dejar el

sistema de dos planetas. En la HoloRed, Ferus había visto el casco destruido de la nave de Trever. Lo había hecho pedazos.

No sabía si Trever estaba vivo o muerto.

Y los demás... sus amigos. ¿Llegaron a la base secreta? ¿Estaba su socio Roan Lands todavía allí, o había regresado a Bellassa? ¿Cómo estaban Astri y Lune? Ferus había ayudado a Astri Oddo a escapar de Samaria con su hijo de ocho años. Su ex-marido, Bog Divinian, estaba determinado a llevarse a su hijo. Darth Vader y el Emperador habían instalado a Divinian como gobernador de Samaria y Rosha.

No tenía manera de averiguar si sus amigos estaban a salvo.

No había pensado que convertirse en agente doble sería fácil. Se había preparado para el peligro y la posibilidad de su propia muerte. Pero no se había preparado para la soledad.

Estaba demasiado implicado. Era demasiado peligroso contactar con sus amigos. Se veía forzado a aguardar, esperando que las cosas mejorasen y él tuviese algo de libertad para apartarse de la presencia de Vader.

Había pasado mucho tiempo desde que se sintió tan solo. Rodeado de imperiales, Ferus echaba de menos su vida más que nunca. Pero eso le daba algo por lo que luchar.

Era culpa suya sentirse tan abandonado. Había cometido demasiados errores. Se había girado a la izquierda cuando debería haberse girado a la derecha, había ido hacia adelante cuando debería haber permanecido quieto. Había mandado fuera a Trever en lugar de mantenerle cerca.

Había estado masticando los duros pedazos de su remordimiento durante varios días. Una y otra vez casi abandonó la idea del agente doble y se preguntó si podría desertar en la siguiente parada. Necesitaba regresar a Rosha. Necesitaba buscar a Trever.

Ferus sabía que Vader podía captar el miedo y la confusión, así que intentó apartar todos esos pensamientos. Era agotador hacer eso constantemente, pero tenía que hacerlo.

Ferus escuchó un sonido apagado viniendo del casco de Darth Vader. Sabía que Vader estaba conectado con el sistema de comunicaciones de la nave. Sin duda estaba recibiendo un mensaje. Sin otra palabra, se dio la vuelta y se marchó. Además de ser un tipo aterrador, Vader no tenía modales.

Ferus esperó un momento, entonces le siguió, quedándose bien atrás. Vader entró en su cuarto privado. Ferus retrocedió rápidamente cuando Vader salió segundos después y se dirigió hacia un pasillo cerca del puente, donde el piloto, un capitán de la flota imperial, salió para hablar con él.

Poco que ver. Parecía una consulta ordinaria.

Ferus estaba dando media vuelta cuando algo resonó en su interior, algo pequeño que había notado inconscientemente pero que no había analizado. Estaba mejorando esa habilidad Jedi, ver el detalle más diminuto en una escena y notar que algo no encaja.

El cilindro de códigos imperiales de Darth Vader faltaba. Normalmente colgaba en su cinturón.

Ferus retrocedió rápidamente hasta el cuarto de Vader. Abrió la puerta, la cual no tenía código de seguridad para cerrarla. Probablemente Vader planeaba regresar rápidamente.

El cilindro de códigos estaba conectado al puerto del datapad.

Sin duda Vader lo había colocado allí para actualizarlo con la nueva información que fluía constantemente a través de la infoesfera del Imperio. Cada oficial imperial tenía uno, y la autorización se extendía hacia arriba a través de los rangos: cuanto más alto era tu rango, mayor era tu autorización.

Ferus también tenía un cilindro de códigos. Básicamente le dejaba entrar en la cocina.

Pero Darth Vader tenía que tener la autorización más alta de todas.

Las posibilidades retumbaron a través de la mente de Ferus en un momento.

Si se estaba descargando nueva información, todavía no tendría puesto el seguro de privacidad de Vader.

Las cosas que podría descubrir con la alta autorización de Vader...

Cualquier Jedi todavía perdido.

El destino de Trever.

Planes para aplastar la resistencia.

Incluso una pista sobre la auténtica identidad de Vader.

Ferus pasó su mano sobre el sensor y cerró la puerta de Darth Vader.

## CAPÍTULO DOS

Pequeños fuegos titilaban por todas las calles de Rosha. El Imperio había cortado la mayoría de la energía de la ciudad para asegurarse que controlaba la infraestructura tecnológica. La lucha se había transformado en intensas batallas que dejaban más y más roshanos muertos o sin hogar. La humeante ciudad había perdido alguno de sus edificios más bellos, barrios enteros arrasados por el Imperio para extirpar la rebelión y asustar la población. La ciudad había sido aplastada desde el aire.

Trever Flume salió disparado a través del humo y la sombra bajo de un extraño cielo rojo. El sabor de la huida y la ceniza le eran familiares. Su propio mundo, Bellassa, había también sido invadido brutalmente. A veces durante los últimos días había sentido que estaba viviendo en sus pesadillas.

Había dejado su mundo natal como un polizón a bordo de la nave de escape de Ferus Olin. Había estado con Ferus desde entonces. Excepto ahora. Ahora, Ferus estaba en alguna parte con el Imperio. Había empezado a ser un agente doble... ¿pero seguía recordando a sus amigos?

Trever pensó en lo que ocurrió en Samaria. Un político había sido detenido y asesinado. Y el líder de una célula de resistencia había sido arrestado. Ferus había conocido a ambas víctimas. ¿Les había traicionado él?

Trever odiaba esas sospechas. Había pensado que Ferus era un héroe. Le había adorado como un niño idiota e ingenuo. Cuando realmente se había valido por sí mismo durante tiempo suficiente como para saber que no había sitio para héroes en esta galaxia. Solamente seres tratando de seguir adelante bajo la bota imperial.

Parecía como si Ferus hubiese encontrado una cómoda canoa, viajando de acá para allá en transportes imperiales y codeándose con oficiales y políticos. Tal vez eso había calado en él. Tal vez quería una vida más fácil. Había escapado, pidiendo ayuda y abriéndose paso para encontrar materiales y apoyo y una forma de quedar limpio. Ahora estaba en una posición ventajosa.

¿Pensaba Ferus que él estaba muerto? Sin duda había visto la nave ardiendo; había sido emitido por la HoloRed. No había manera de decirle que estaba a salvo.

¿Le importaría?

¿O ahora era uno de ellos?

Trever podía ver que Flame, su nueva compañera, tenía sus dudas sobre las auténticas simpatías de Ferus. Ella cuidaba de él. Sus dudas habían alimentado las preguntas de la propia mente de Trever. Flame había cogido toda la riqueza considerable que había amasado como líder comercial en su planeta natal, Acherin y había establecido un fondo para ayudar a los movimientos de resistencia alrededor de la galaxia. Ella llamaba al movimiento Golpe lunar.

Ahora apareció de la oscuridad, con un rifle láser sujeto firmemente. Ella lo bajó cuando reconoció a Trever. Con un movimiento de su cabeza, le indicó el camino.

Él la siguió. La conocía desde hacía poco tiempo, pero la seguiría a cualquier parte. Los instintos de Flame eran increíbles, su coordinación perfecta, y su coraje admirable. La había visto pilotar una nave bajo el fuego y salir de un salto en medio de fuego láser, llevándole a rastras, protegiéndole, urgiéndole a correr cuándo él pensaba que no podría hacerlo.

Sin ella estaría muerto. Otra víctima del Imperio.

Mientras ella se introducía en una grieta de un edificio parcialmente demolido, Trever la siguió. Dentro, el edificio estaba abierto al cielo, pero las cuatro paredes

ofrecían protección. Una rampa había perdido la mayor parte de su superficie pero seguía llevado hasta un segundo piso. Ventanas dinamitadas cubrían una pared trasera. La mirada de Trever se paseó por el espacio con un ojo entrenado. Como ladrón callejero en Bellassa, había aprendido a tener siempre planeadas más de una salida en caso de problemas.

Un pequeño grupo ya estaba sentado esperando. Sujetas en sus espaldas o en sus cinturones llevaban una buena variedad de armas. Antes de que el Imperio invadiese, Roshia había sido un planeta pacífico, pero ahora los ciudadanos habían buscado armas en cualquier parte que pudieran encontrarlas. Sus ropas estaban manchadas de humo y suciedad. Algunos tenían vendajes alrededor de un brazo o la frente.

Aquí estaban los comienzos de la resistencia roshana.

Flame hizo una seña para que Trever se sentase a su lado en el apretado círculo.

—Nada de nombres —dijo una roshano alto. Sus cuatro delicadas antenas estaban tensamente rizadas, una señal de ansiedad para un roshano—. Vamos a establecer un sistema de nombres en código después de esta reunión. Estamos todos aquí por la misma razón —hizo un gesto hacia Flame—. Nuestra visitante nos ha asegurado que podemos contar con la ayuda de su organización.

—Tenéis que establecer una cuenta a la que pueda transferir los créditos —dijo Flame.

—Necesitamos armas y un sistema seguro de comunicaciones —dijo otro roshano.

—Y vehículos —alguien más intervino en la conversación.

—Lo más importante que necesitáis es información —les dijo Flame—. Tenéis que encontrar a las personas correctas de adentro que sobornar. Si sabéis lo que va a hacer el Imperio antes de que lo haga, podréis planear golpes y rutas de escape.

Trever encontró su mente yendo a la deriva. Él ya sabía las cosas básicas. Había aprendido mucho sobre cómo establecer una resistencia. Admiraba la manera que tenía Flame de retirarse y no dominar. Esperaba hasta que uno de los roshanos hacía una pregunta, y entonces ella hacía sus propias preguntas.

La mente de Trever vagó hacia Ferus otra vez. En lugar de viajar con Ferus, estaba aquí con alguien que apenas conocía, sembrando grupos de resistencia de planeta en planeta.

Tal vez eso tenía más sentido de lo que había pensado. Salvar Jedi no era su lucha. Pero establecer grupos de resistencia a por toda la galaxia era más su estilo. Tal vez el destino había intervenido y le había empujado en la dirección correcta.

Repentinamente su padre apareció en su mente. Intentó no pensar en sus padres. Trever había vencido su pena hacía mucho tiempo. Había pasado meses en una neblina de agonía y cólera hasta que se dio cuenta de que simplemente no podría funcionar si continuaba recordando cosas. Le había dado la espalda a los recuerdos. Había dejado atrás su vida y se había convertido en un ladrón callejero.

Hasta que se había colado abordo de la nave estelar de Ferus y había renacido de nuevo.

¿Qué era ahora? ¿Trever, combatiente de la resistencia? ¿Trever, el salvador de los Jedi? Nada de eso encajaba con él.

Viejos amigos en tu corazón, nuevos amigos junto a tu hombro. ¿Era así? Como quiera que hubiese sido ese dicho, su padre siempre había señalado que debería cumplir con sus compromisos. Trever tenía que admitir ahora que deseaba haber estado un poco más atento a esas lecciones de vida. Bueno, claro, en ese momento había pensado que eran un montón de bla-bla, pero ahora su conciencia le pinchaba cada vez que pensaba en el robo de la nave de la base secreta. Ferus se había puesto furioso.

El alto roshano se puso tenso de repente. Alzó una mano pidiendo silencio.

—Creo que oigo...

El resto de su frase fue borrada de un plumazo cuando una explosión derribó toda la pared trasera del edificio.

Trever sintió la explosión a través de un estremecimiento de aire que le golpeó como un puño, levantándole a través del pesado aire y lanzándole contra el duro suelo. Un trozo de roca perforó su hombro. Se dobló sobre sí mismo haciéndose una bola mientras los escombros caían como lluvia.

Antes de que incluso pudiese formar un pensamiento coherente, sintió la mano de Flame en su brazo, comenzando ya a dirigirle. El aire estaba lleno de polvo y partículas que le ahogaban, y apenas podía ver, pero ella tiró de él hacia adelante, ambos pegados al suelo, avanzando sobre sus rodillas y sus codos mientras tosían y maldecían, con lágrimas corriendo por sus caras a causa del humo.

Las salidas que tan cuidadosamente había anotado habían desaparecido, convertidas en enormes huecos humeantes en la estructura. Entonces, cuando pensó que posiblemente las cosas no podían empeorar, los soldados de asalto entraron a raudales por las aberturas.

El fuego láser cruzó velozmente el espacio. Oyó a alguien gritando. No podía ver nada. No sabía cómo habían salido los demás. Sólo escuchaba a Flame jadeando "rápido" en su oreja.

Ella se cubrió las manos con las mangas de su túnica, ¿por qué? Un momento después obtuvo su respuesta.

El respiradero del suelo estaba caliente, pero ella deslizó sus manos debajo del humeante duracero. Tan pronto como se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo, envolvió sus dedos con su capa para ayudarla. Alzaron el pesado respiradero, dejándolo caer con un ruido sordo que quedó amortiguado por el sonido de gritos y fuego láser.

El sistema de ventilación estaba debajo, bajo el suelo. Había buscado cada salida excepto ésta. Pero Flame había mirado. Flame había trazado un mapa de salida.

Le empujó dentro, luego entró tras él. Alzó una mano y con un tremendo esfuerzo deslizó el respiradero de vuelta a su lugar.

No había sitio a donde ir. La tubería en la que habían estado gateando se estrechaba mientras serpenteaba debajo del suelo. Se introdujeron dentro del diminuto espacio y se apretujaron juntos. Flame metió la mano en su túnica y sacó dos respiradores portátiles. Ella le tendió uno. Sería de ayuda no toser por el humo y delatarse.

Directamente bajo el suelo, podían oír cada palabra. El crujido de las botas de los soldados de asalto. El crepitar de los comunicadores. Una última ráfaga de fuego láser y el ruido sordo de algo cayendo.

Alguien cayendo.

—Muerto —La voz electrónica de un soldado de asalto.

—Levanta a ese de allí.

Un grito y una pelea.

— ¿Dónde han ido los otros?

Silencio.

— ¿Dónde?

Otro grito amortiguado.

—Mátale.

Trever puso sus manos sobre orejas como un niño, un pobre niño asustado. Así es como se sentía.

No quería oírlo. No quería saber.

El tiempo pasó. Ahora estaba oscuro. Los ruidos se habían detenido hacía tiempo.

Flame palmeó ligeramente su rodilla. —Es el momento.

Apartó el respiradero encima de ellos. Trepó fuera, luego le tendió una mano. —Todo despejado.

Sus músculos estaban tensos, y sus piernas apenas funcionaban mientras ella le levantaba. Él cayó al suelo junto a ella, luego se frotó las piernas y los brazos, tratando de restaurar la circulación.

Alrededor de ellos se alzaban las ruinas, bloques de piedra lanzados a metros de distancia, piedras desmoronadas, suciedad, el suelo enlosado estaba ahora destrozado y manchado. Trever apartó la vista de las manchas frescas. Oír la batalla era suficiente. No quería seguir pensando en los detalles.

—Algunos de ellos escaparon —dijo Flame—. Pero no creo que sea seguro contactar con la resistencia de nuevo, no por algún tiempo. Hubo un chivato. Alguien que no vino a la reunión en el último momento, apostaré, o alguien que escapó.

—¿Quién?

Ella se encogió de hombros mientras apartaba su pelo grueso de su cuello. —Es su problema.

—Estamos aquí para ayudarles.

Sus cristalinos ojos verdes se prendieron en él. —Trev, tienes que aprender algo. Tienes que elegir tus batallas. Tengo una mayor que pelear. Regresaré cuando los roshanos estén más organizados. Tengo que ir a otros lugares.

Él se pasó las manos por el pelo. Sus manos volvieron cubiertas de polvo gris. —¿A dónde?

—A Bellassa, para empezar. Es tu mundo natal, así que puedes ayudarme. Tú conoces a los Once.

—Bueno, al menos a nueve de ellos —Trever trató de bromear.

Flame ignoró eso. Si ella tenía un fallo, era una total falta de humor. —Los éxitos de Bellassa en formar y mantener una resistencia están empezando a conocerse —continuó Flame—. Necesito que los bellassanos sean el ancla de la nueva red, una inspiración para la galaxia. ¿Qué me dices?

El hogar. La palabra se alzó en su interior, y tenía peso y forma. Le llenó por completo.

—Sí —dijo Trever—. Pero con una condición.

Ella frunció el ceño. —No acepto condiciones.

—Necesito hacer primero mi propio viaje particular. No puedo llevarte conmigo.

Ella alzó una ceja.

—Pero hay una cosa con la que necesito ayudar.

—¿Cuál? —preguntó ella precavidamente.

—Necesito robar una nave.

Por un momento, ella puso cara de disgusto. No era la clase de persona que tenía a alguien para pagarle la fianza fácilmente. Pero entonces se encogió de hombros.

—Te diré algo —dijo ella—. Robar una sería un riesgo excesivo. Aquí hay montones de roshanos desesperado que necesitan créditos. Compraremos una.

—Oye, podría acostumbrarme a esto —dijo Trever, percatándose que nunca venía mal tener un amigo con dinero.



## CAPÍTULO TRES

No es que no le gustasen los críos, reflexionó Clive Flax. Simplemente nunca los tenía en cuenta. Eran el paisaje de fondo de las ciudades que visitaba, registrándose como un destello de movimiento en un parque, o un irritante derramamiento de zumo en sus pantalones si cometía el error de sentarse al lado de uno en una comida. No era como si nunca quisiese interactuar con uno.

Ahora ahí estaba, atrapado en un asteroide que viajaba constantemente en mitad de una tormenta atmosférica que volvía el cielo de gris a morado y de morado a azul marino, y estaba atrapado con un montón de tipos que no conocía muy bien. Y un crío.

Lune Oddo tenía ocho años. Al principio Clive había dejado que los demás le vigilaran. Pero ya llevaba viendo a ese niño más de una semana, y tenía que admitir que era entretenido. Opiniones, preguntas, y una cierta mirada en sus ojos, una tranquilidad que Clive asociaba con su camarada Ferus, ¿era esa cosa de la Fuerza? Tenías la sensación de que podían atraparte con tus propias palabras, así que te lo pensabas dos veces antes de decir que podías hacer algo que no podías, o de alardear sobre algo que en realidad no habías hecho.

No es que el propio Clive hiciese eso. Mucho.

Bueno, fuera cual fuera esa cualidad, podía enervar a cualquiera. Había aceptado a Ferus porque el hombre le había salvado la vida en un buen número de ocasiones. Además, a Clive le gustaba. A pesar de todo ese Jedi hu-ha, a veces Ferus simplemente no tenía ni una pista, y no temía admitirlo. Pero este Lune... era difícil recordar que sólo era un niño.

¿Imaginas, pensó Clive, el Templo entero lleno de estos niños? Tuvo suerte de no haber conocido a Ferus hasta después de dejar la orden Jedi. Toda esa rectitud moral le habría enviado directamente a la cantina más cercana.

Ahora observaba al niño mientras lanzaba una pelota láser alrededor del árido paisaje. Habría sido una escena normal, si el niño no lo hubiese estado haciendo sólo con su mente. Garen Muln, que estaba tan débil como un gatito y no podía hacer mucho, había estado trabajando con él. Garen había sido algún gran Maestro Jedi antes de que la galaxia hubiera sido aplastada por el Imperio. Ahora era más una sombra que un hombre.

Clive se apoyó sobre sus codos. Había estado trabajando desde antes del amanecer... no es que hubiese amanecer en esa roca sangrienta. Estaba muy cansado. Tiempo de echarse una siestecita antes de que los demás llegasen para el descanso de la comida que siempre hacían a esa hora.

Comenzó a cerrar los ojos, pero la visión de Astri Oddo saliendo de una de las estructuras de plastoide prefabricadas le detuvo. Dejó sus párpados medio cerrados, fingiendo estar durmiendo mientras la observaba echarse hacia atrás el oscuro y elástico cabello que nunca podía permanecer confinado en una gorra o una cinta de pelo. Entonces se estiró, con las manos en el aire y levantándose sobre los dedos de sus pies. Había estado trabajando duramente en el sistema informático de la base. Las cosas se habían caído a pedazos la última vez que Ferus se había marchado, y ahora todos ellos estaban echando una mano, trabajando en tareas que parecían no acabar nunca, trabajando hasta que se derrumbaban sobre sus camas y caían en un sopor inquieto.

Astri era un enigma. Huyendo de algún ex-marido idiota, fácil con sus sonrisas, y rápida para prestar una mano... pero con algo oscuro y triste en su interior. Clive no podía hechizarla, lo cual le molestaba. Después de algunos intentos, se había dedicado a

observarla.

Astri observó a Lune por un momento, sonriendo, entonces se sentó y cogió una pequeña roca. De repente, con una puntería asombrosa, la lanzó por los aires hacia Clive sin ni siquiera mirarle. Justo a tiempo, él levantó un pie para desviarla antes de que le golpeará.

— ¡Oye! —gritó.

Ella sonrió abiertamente, metiendo las manos en los bolsillos de su sucio mono de trabajo. —Deja de fingir estar dormido. No voy a molestarte.

— ¿Cómo llamas a lanzar una roca a mi cabeza?

Ella fue hacia él y se sentó a su lado en el duro suelo. —Decir hola.

Él gruñó.

—Y si hubiese apuntado a tu cabeza, te habría dado en la cabeza.

Él se sentó derecho. Juntos, observaron a Lune durante un momento.

—Hemos estado en este asteroide demasiado tiempo —dijo Clive—. Está empezando a cansarnos a todos nosotros.

—A mi no —dijo Astri, doblando las rodillas bajo su barbilla—. No tengo ninguna prisa. Aquí me siento a salvo.

Él sabía lo que ella estaba diciendo realmente. Aquí Lune está a salvo.

—A salvo no es todo lo que tiene que ser. No es forma de crecer para un niño —dijo Clive—. Yendo por ahí con un desaliñado puñado de extraños.

—No está tan mal —dijo Astri, pero frunció el ceño.

—Tampoco está relucientemente bien —comentó Clive—. Ya sabes, la galaxia es un lugar enorme. Montones de lugares donde esconderse.

—Tú debes saberlo.

Antes de que pudiera contestar, Oryon apareció repentinamente detrás de ellos. A pesar de ser un bothan grande, tenía un andar irritantemente suave. Clive supuso que eso venía bien en los negocios de espía.

—Estoy de acuerdo —Oryon parecía muy serio. En el asteroide, había dejado que su barba y su enredado pelo creciesen sin control.

—He estado pensando en Lune —le dijo a Astri—. En este momento, Coruscant podría ser una buena opción para vosotros.

— ¿Estás loco? —preguntó Astri—. ¿Ir a la sede del Imperio?

—Están teniendo problemas controlando los niveles —dijo Oryon—. Es imposible que los dobleguen completamente. Y Dexter Jettster tiene un buen dispositivo. Estoy seguro de que te ofrecería ayuda. Podría encontrarte un lugar al que ir. Conseguirte una nueva identidad.

—Eso si alguna vez podemos largarnos de aquí —le recordó Clive al bothan. Entonces se volvió hacia Astri con un floreo de media reverencia y dijo —Si por algún motivo Ferus y Trever recuerdan alguna vez que todavía estamos vivos, estaría encantado de escoltarte a ti y a Lune hasta Coruscant.

Astri se encrespó. —No necesito un escolta. Sé cómo llegar a Coruscant.

—No deberías rechazar tan rápidamente la ayuda en estos días —le aconsejó Oryon—. Podría venirnos bien a todos.

De repente Astri se miró el cinturón de utilidades. Un sensor brillaba intermitentemente. —Han invadido nuestro espacio aéreo —masculló.

—Por fin, alguien se acuerda de que estamos aquí —dijo Clive.

Ella empezó a teclear números en su datapad. —Conecté el sistema de seguridad con un control remoto para que... —alzó la mirada, su cara estaba blanca—. ¡Lune! ¡Ven aquí ahora mismo! —se volvió hacia los demás—. Es una nave imperial.

Inmediatamente, Oryon habló por su comunicador de muñeca. —Código rojo,

armas y defensa frontal.

Solace salió precipitadamente del refugio, con un bláster en la mano. — ¿Qué pasa?

—Nave imperial —dijo Oryon.

Nadie necesitaba dar una orden. En escasos segundos, Astri llevó rápidamente a Lune hasta su escondite. Solace y Oryon se colocaron detrás de dos enormes rocas cerca del único área llana al lado del campamento, el lugar en el que sin duda aterrizaría una nave. Clive, Astri, Roan Lands y Dona se dividieron en grupos y les flanquearon. Toma y Raina permanecieron como última línea de defensa dentro del primer refugio. Todo el mundo estaba armado con rifles láser, cargas alfa y explosivos.

Solace habló suavemente por su comunicador. — ¿Todo el mundo en posición?

Todos ellos contestaron con una rápida afirmación.

Clive miró hacia arriba. En breves momentos, vio la plateada estela contra la morada atmósfera. La nave se bamboleaba locamente. Todos sabían lo turbulenta que era la atmósfera interna.

La nave se enderezó. Era una buena nave imperial, un crucero estelar modificado Sienar. Clive mantuvo el dedo en el gatillo de su bláster. Si tenían suerte, los imperiales no saldrían disparando. El grupo había trabajado para crear una impresión de base abandonada. La idea era atraer a los imperiales al interior y entonces atacar.

—No disparéis todavía —dijo la suave voz de Solace por el comunicador.

La nave ejecutó un aterrizaje tambaleante. Durante un momento no ocurrió nada. Clive no podía ver a través del parabrisa de la cabina.

La rampa se deslizó hacia abajo. Su dedo se agarrotó, pero no lo movió.

Entonces un modelo en miniatura de un caza droide Buitre salió zumbando, dio un perezoso giro y aterrizó sobre el polvo.

—Podría ser un truco —masculló Oryon.

Una pequeña figura de pelo azul asomó la cabeza desde detrás del casco de la nave. — ¡No disparéis! —dijo Trever—. ¡Traigo regalos!

Clive saltó por encima de la roca. No podía esperar para rodear con sus manos el flaco cuello del niño. Los ojos de Trever se ensancharon y salió corriendo. Clive le persiguió alrededor de la nave, pero el niño era más rápido que un dinko.

— ¡Hey! ¡He vuelto! —gritó Trever.

—Para que pueda matarte —contestó Clive llanamente.

De repente Solace hizo uno de esos ostentosos saltos ayudados por la Fuerza y aterrizó en medio de los dos. Alzó una mano. —Alto.

Clive se detuvo. Había aprendido a tener un respeto considerable hacia cualquiera que poseyese un sable láser, incluso uno no desenganchado. Había visto con qué rapidez podían salir esas cosas.

—Uf. Gracias, Solace —dijo Trever.

Ella se giró con tal vehemencia que Trever retrocedió un paso. Una inflamada Solace era una visión espeluznante. La pequeña marca facial azul sobre su ceja se oscureció, y sus ojos azul claro resplandecieron en su delgada cara.

—Te escabulliste. Robaste una nave. Fuiste en contra del grupo —el tono de Solace era furioso.

— ¡Pero estaba tratando de salvar a Ferus!

—Todos queríamos salvar a Ferus —dijo Solace—. No te correspondía tomar esa decisión.

Los demás se reunieron, formando un círculo alrededor de Trever.

—He regresado —dijo con voz débil—. ¡Y mirad la nave! Flame la compró y me dejó llevármela, ¿podéis creerlo? Es una buena nave, realmente rápida, se maneja como

un sueño...

—No eres un vendedor de naves usadas —le dijo Oryon—. Te comprometiste a ayudar a este grupo. Eso significa que tienes que seguir las reglas.

—Odio las reglas —dijo Trever.

Raina se cruzó de brazos. —Nos pusiste en peligro.

—Nos dejaste sin transporte —dijo Toma.

—Sé todo eso —dijo Trever—. Y siento haberlo hecho, creedme. Especialmente desde que las cosas... bueno, no salieron como pensé que lo harían.

Dona alzó una mano ancha antes de que nadie pudiese hablar. —¿Por qué no nos calmamos todos y dejamos que hable el chico? Parece tener una historia que contar.

Clive retrocedió. Realmente no había querido matar a Trever de todas formas. Solamente asustarle. O mutilarle.

Trever se sentó con nerviosismo sobre un taburete dentro del refugio. Enfrentarse a tantas caras desaprobadoras no era fácil. Como antiguo ladrón callejero, estaba acostumbrado a salir corriendo cuando las cosas se volvían hostiles. No era exactamente un día en el parque espacial cuando tenías que quedarte y afrontarlo.

—Las cosas iban bien al principio —dijo—. Me refiero, estrellé la nave cuando aterricé en Samaria, pero al menos estaba en las coordenadas correctas. Y de todas formas era un viejo cubo oxidado —les miró con ansiedad—. De cualquier forma, allí fue donde me encontré con Flame. Por supuesto ella estaba siendo perseguida por soldados de asalto, pero logramos perderles. Fue completamente galáctico; yo estaba encima de aquella formación de cristal, y ella voló por debajo...

Roan puso la cabeza entre sus manos. Oryon gimió.

—Se suponía que te colarías sin llamar la atención —dijo Raina.

—Sí, lo sé. No importa, luego contactamos con la resistencia. Y me encontré con Ferus. No estaba demasiado contento de verme pero estuvo de acuerdo en llevar el mensaje de Flame sobre Golpe lunar a la resistencia.

Solace se inclinó hacia adelante. —¿Qué pensó de Golpe lunar?

—Bueno, pensó que era una idea bastante buena —dijo Trever—. Pero no quería involucrarse. Pensaba que expondría a los Jedi.

Solace asintió. —Exactamente lo que pienso yo.

Trever se sintió molesto. —Sí, entiendo que eso está en el manual Jedi —dijo—. Pero deberías ver a Flame. Ella es totalmente asombrosa.

—¿Que sucedió después? —preguntó Roan—. ¿Dónde está Ferus?

—No estoy seguro —dijo Trever—. Nos envió a mí y a Flame a Rosha para escoltar a la delegación roshana. Nuestra nave fue atacada en cuanto entramos en el espacio aéreo roshano. Todos los demás murieron. La última vez que vi a Ferus fue en la HoloRed. De pie junto a Darth Vader.

—Así que todavía es un agente doble —dijo Oryon.

—Eso creo —contestó Trever. Solace le echó una mirada aguda—. Sea como sea, tengo que volver con Flame. Le prometí que devolvería la nave. Vamos a Bellassa.

—¿Vamos? —preguntó Solace.

—¿Bellassa? —preguntó Roan.

—Quiere hablar con los Once sobre unirse con Golpe lunar. Está lista para financiar sus ataques al Imperio si ellos están interesados. Oye, Roan, eres uno de los Once, ¿qué piensas de eso?

—Vale la pena considerarlo —dijo Roan—. Estoy listo para regresar. ¿Dona?

—Estoy más que listo —dijo Clive—. Voy a Coruscant —miró a Astri. Ella se mordió el labio, tratando de decidirse.

—Lune y yo también vamos —dijo finalmente.

—Me quedaré aquí de momento —dijo Oryon—. Toma y Raina todavía necesitan ayuda.

—Yo vuelvo a Coruscant —dijo Solace. Todo el mundo la miró—. Nunca estuve de acuerdo con la idea de una base secreta —dijo ella—. No le prometí a Ferus que me quedaría. El compromiso me da picores.

Clive se levantó de un salto. —Bien, si vamos a ir, tenemos cosas que preparar.

Los demás fueron a recoger sus cosas. Solace se quedó. Sus ojos estaban fijos en Trever, y él cambió de posición con inquietud.

—¿Qué es lo que no estas diciendo? —le preguntó ella.

—Después de que dejamos Samaria, Darth Vader atacó la célula de resistencia —dijo él—. El líder fue arrestado. No sólo eso, el gobernador de Samaria fue arrestado y asesinado. Y cuando entramos en el espacio aéreo roshano, fue como si estuvieran esperándonos...

—¿Qué estás diciendo, Trever? —preguntó Solace.

—¿Qué pasa si ahora Ferus es uno de ellos? —exclamó Trever—. ¿Qué pasa si nos ha traicionado?

Bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas. —Odio decirlo. Odio incluso pensarlo. Pero todas esas coincidencias... Sé que vas a decir que es imposible.

—Nada es imposible —dijo Solace con su tono habitual—. Ferus está luchando con su conexión con la Fuerza. Eso le hace vulnerable. Pero...

Trever esperó, con la esperanza pendiendo de un hilo. Solace era brusca y enfadadiza. No estaba seguro de cuánto le gustaba, sabía que dependía de ella. Apreciaba su opinión. Ella no se dejaba influir por prejuicios o emociones.

—Confío en él —dijo ella.

El alivio que le llenó no fue suficiente para aquietar sus dudas. Pero sentaba bien de todos modos.

Se encaminó hacia la cocina del complejo para coger algo de comer. No fue hasta que hubo comido hasta la saciedad y vuelto atrás que vio que ella todavía estaba en la misma posición. Todavía pensando.

## CAPÍTULO CUATRO

Ferus sintió el sudor deslizándose por su cuello mientras estaba sentado ante la consola de Darth Vader. Actualizar un cilindro de códigos sólo llevaba unos segundos, así que la oscura figura podía regresar a por el suyo en cualquier momento.

Ferus no podía cargar información en su datapad y descifrarla más tarde. Los archivos se convertirían en basura total si lo hacía. Sólo podía hojear los archivos que se habían descargando en la reciente actualización. Muy probablemente algunos de ellos necesitarían contraseñas para leer realmente los contenidos. Tendría que ver lo que pudiese y luego se lo confiaría a la memoria.

Sacó el cilindro de códigos del puerto y se colocó junto a la puerta. Podría escuchar las pisadas de Vader desde allí.

Puso el cilindro en modo holo y revisó los archivos, concentrándose en aquellos que necesitaban la alta autorización de Vader. Como Jedi, había sido adiestrado en la retención de información, pero estaba oxidado. Intentó hacer que el flujo de información fuese distinguible en su cerebro y no un borrón.

Pero la Imperialización era un borrón. Planetas que subyugar, gobernantes que intimidar, alianzas que aplastar, un nuevo contrato con Sistemas de Flota Sienar... pero nada útil. Nada que pudiese utilizar.

La información de Rosha no necesitaba código de acceso. La hojeó. Una lista de observación, un asalto que capturó al antiguo líder de la resistencia, científicos puestos bajo vigilancia, contabilidad de la riqueza del gobierno. Cosas estándar. Nada sobre Trever.

Pero allí. Ferus pasó a los archivos que ya estaban en el cilindro. Los archivos privados de Vader. Estaban bajo un código de seguridad. Ni siquiera tenían títulos. Eran los que necesitaba ver.

Ferus era un descodificador experto. Esperaba que ese código fuese resistente, pero era más resistente que cualquiera que hubiese visto. Justo cuando pensaba que lo había resuelto, se daba cuenta que todavía estaba atascado.

No podía permitirse el tiempo que le llevaría descifrarlo. Frustrado, golpeó con el puño en el brazo de la silla. El tiempo se acababa.

Desesperadamente, Ferus revisó una última vez los códigos.

Casi se lo pasó. Habría sido fácil hacerlo. El título de un archivo no estaba codificado, si bien el propio archivo estaba escondido detrás de muros de codificación.

CREPÚSCULO.

Junto con el título había una breve descripción. OGE. Ferus sabía por su corto tiempo en el Imperio que eso significaba Operación a Gran Escala. La Orden 66 había sido una OGE. El subtítulo era Planes/Implementación/Contactos.

Entonces escuchó el sonido que siempre le daba escalofríos. Pero esa vez le detuvo el corazón.

La respiración.

Cerca. Demasiado cerca. Vader estaba justo al otro lado de la puerta. El manejo de Ferus de la Fuerza aumentaba constantemente. Simplemente odiaba tener que confiar en ello.

No tenía alternativa.

Ferus envió el cilindro de códigos por los aires mientras él se lanzaba a una silla. Utilizando la fuerza, lo dirigió a través de la habitación y lo deslizó en el puerto mientras la puerta se abría con un siseo y Darth Vader entraba.

— ¿A qué debo esta intrusión? —preguntó él.

—La puerta estaba abierta, así que me puse cómodo —dijo Ferus, recostándose en la silla—. Me aburro. Pensé en pasarme y ver si ya habría recibido mis órdenes.

—Eres un niño petulante —dijo Vader.

Permaneció silenciosamente de pie durante un momento. ¿Le había visto Vader? No lo creía. ¿Sospechaba algo? Definitivamente.

—Pero en este caso —dijo Vader finalmente—, tendrás lo que desees. El Emperador desea tu presencia en la sala de conferencias.

Vader recogió el cilindro de códigos y lo introdujo en su cinturón de utilidades. Ferus encontró que era capaz de respirar de nuevo. Siguió a Vader de vuelta por el pasillo hasta la sala de conferencias. La puerta se cerró detrás de ellos y la luz se volvió roja, indicando que tendría lugar una comunicación segura.

El holograma del Emperador tenía un halo morado, el color de una magulladura.

—Aquí están tus órdenes —dijo el Emperador—. Debes ir a Bellassa.

— ¿Bellassa? —Ferus no pudo detener la expresión impulsiva de la palabra. De todos los lugares de la galaxia, no había esperado que le enviaran de vuelta a su planeta natal.

—Lord Vader necesita asistencia —dijo el Emperador—. El Imperio se encuentra necesitado de experiencia bellassana. Tienen que cambiar sus fábricas de producción de artículos de lujo a comunicaciones y tecnologías de infraestructura. Esto también será en su propio beneficio. Su economía está estancada, y les ofreceremos un necesitado estímulo. También estamos importando científicos.

Su economía tiene problemas por tu invasión, pensó Ferus con cólera. Éste era uno de los difíciles problemas de ser un agente doble: mantener neutrales tus expresiones faciales.

—Asistirás a diversas reuniones —continuó el Emperador—, cubiertas por la HoloRed y emitidas por toda Bellassa, en las cuales se discutirá el reacondicionamiento de las fábricas. Naturalmente, queremos centrarnos en la creación de puestos de trabajo y en las nuevas tecnologías.

Por supuesto, pensó Ferus. Ahora lo entendía. Le enviaban a su planeta natal para venderles este proyecto a sus compañeros bellassanos. Su misma presencia sería usada como un garrote para apalea a los bellassanos hasta la sumisión. Él era el antiguo héroe de la resistencia que había prestado su apoyo al Imperio. Sería el niño del póster de la colaboración y la rendición.

Eso le revolvió el estómago. Todo el mundo le vería. Todo el mundo le despreciaría. No sabía si tenía el poder de hacer que otros perdieran la esperanza, pero incluso esa posibilidad le ponía enfermo.

Pero no podía echarse atrás. Tenía que hacerlo. Ahora más que nunca. No sabía lo que era Crepúsculo. Pero sabía que el Imperio estaba planeando atacar un blanco grande y extenso... así que tenía que descubrir cuál era el blanco, y cuándo estaba planeado el ataque.

Luego tenía que regresar a Rosha y encontrar a Trever... lo que no podría hacer si desafiaba ahora al Emperador.

De repente la unidad de comunicaciones crujió.

— ¡Di órdenes de no ser molestado! —la voz de Darth Vader era como un látigo láser.

—Lord Vader, tenemos cazas en nuestro radar no registrados en el gobierno bellassano —dijo el capitán. —Posibles miembros de la resistencia.

—Iré al puente —dijo Vader.

—Parece que se os necesita —dijo el Emperador—. Ambos tenéis vuestras

órdenes.

El holograma se desvaneció. Obviamente el Emperador no estaba preocupado por las naves. Sabía que Lord Vader podría manejarlo.

Curioso. Ferus corrió tras Vader.

Vader avanzó dando grandes zancadas por el puente y fue a colocarse detrás de la silla del capitán.

—No se han identificado —informó el capitán.

— ¿Estamos en el espacio aéreo bellassano?

—Acabamos de aproximarnos a la atmósfera interna, señor.

Ferus miró el radar, y luego por la ventana de la cabina para tener contacto visual. De repente los dos puntos diminutos de luz se movieron hacia ellos, y vio que eran maltrechos cazas Ala-V, restos de las Guerras Clon.

—Desintégrelos —dijo Vader.

—No nos han disparado —dijo el capitán—. Probablemente sólo llevan a cabo la vigilancia.

—Le he dado una orden, Capitán —dijo Vader.

¡No!, quería gritar Ferus. Esos cazas bien podían estar ocupados por alguien que conocía, algún miembro de los Once.

El fuego de los cañones láser atravesó la atmósfera. La primera nave hizo un picado y un tonel, intentando evadirse de la potencia de fuego.

Puedes hacerlo, sólo vira a estribor y acelera esos motores... vamos, vamos...

La nave desapareció. Vapor. La segunda nave viró.

— ¡Mira cómo se retuerce! —comentó uno de los oficiales inferiores. Vader le miró por encima del hombro, y el oficial palideció.

El capitán hizo un picado, la gran nave se movió con facilidad, casi graciosamente.

El segundo cañón láser disparó un rayo de energía. ¡Elévate, elévate! Ferus sintió el grito dentro de él. La segunda nave se convirtió en polvo espacial.

Vader se giró. Mientras lo hacía, le habló al capitán en voz baja. —Quiero a ese oficial fuera de esta nave cuando lleguemos a Bellassa y que sea asignado a la colonia penal más cercana. La emoción no tiene lugar en el puente de una nave estelar.

Ferus continuó mirando fijamente al espacio. ¿Les había conocido, a esos dos pilotos, lo suficientemente valientes como para arriesgarse a atacar una nave Imperial? Podría haber sido así. Había conocido a la mayoría de los miembros de la resistencia. Si no les conocía personalmente, probablemente conocía a sus amigos. A sus esposas o sus maridos. A sus padres.

Su impotencia hizo que sus manos se sacudieran. Se tragó el sabor agrio de su boca.

Bellassa se hizo más grande ante él, y pudo divisar la cadena de montañas, los bosques, y después la gran ciudad de Ussa elevándose desde las llanuras circundantes.

¿Por viajar simplemente con el Imperio, estaba hiriendo a su amado planeta natal? ¿Dónde residía su verdadero deber?

¿Estaba a punto de intentar salvar su mundo, o lo traicionaría?



## CAPÍTULO CINCO

Darth Vader regresó a la sala de conferencias. Su Maestro apareció inmediatamente. Palpatine ni siquiera preguntó si la situación con las naves no identificadas había sido resuelta, o cómo. Simplemente dio por supuesto que lo que necesitaba hacerse estaría hecho. Vader apreciaba eso. Para dos seres que no creían en la confianza, eso era lo más cerca que podían llegar.

—Ferus Olin es la llave para romperle la espalda a Bellassa —continuó su Maestro como si no hubiese habido interrupción—. Ese planeta ha resultado difícil de doblegar. Otros sistemas están empezando a tomar nota de sus éxitos.

—El planeta se ha convertido en una inspiración para muchos movimientos de resistencia —estuvo de acuerdo Vader—. Debe ser aplastado.

—Tu plan es bueno —dijo el Emperador—. Destruiremos la resistencia a la vez que avanzamos con el proyecto. Todavía queda mucho por hacer. Años de planificación. La nueva arma requerirá más hardware, más naves, más armamento. El gobernador Tarkin ha coordinado el esfuerzo y te ayudará.

Vader asintió. —He reunido un equipo de los mejores científicos de toda la galaxia. Aquellos que no quisieron trabajar con nosotros han sido persuadidos.

—Bien. Ahora, sigamos adelante. ¿Crepúsculo?

—El progreso ha sido lento, pero últimamente ha habido movimiento. Tengo completa confianza en nuestro operativo. Y en nuestra victoria final.

—Excelente.

—Ya estamos llegando a Bellassa, mi Maestro.

—Ferus Olin... debes trabajar con él. Mantenle cerca, sólo un poco más. Podemos usarle.

—Es peligroso mantenerle cerca. No es estúpido. Le encontré en mi camarote.

— ¿Descubrió algo?

—Por supuesto que no, Maestro.

— ¿Entonces por qué deberíamos preocuparnos? No descubrirá nada importante.

— ¿Pero y después de Bellassa? —Vader aventuró la pregunta. ¿Cuánto tiempo duraría esta enloquecedora protección de Ferus? Sabía que había algo más detrás del uso de Ferus por parte del Emperador de lo que parecía. Vader estaba listo para deshacerse de él para siempre. Ferus era irritante.

—Revisaré la situación —dijo el Emperador.

Una respuesta altamente insatisfactoria. Pero Darth Vader no cuestionó a su Maestro.

De todas formas no tenía importancia. Se prometió a sí mismo que encontraría la manera de deshacerse de Ferus Olin en Bellassa.

Eso sería satisfactorio.

## CAPÍTULO SEIS

Habían aprendido a escoger estaciones espaciales abarrotadas en diminutos rincones de la galaxia, donde atracaban los transportes de línea y los cargueros. En el planeta Omman, el montón de vehículos y pasajeros significaba que era difícil mantener los controles. El Imperio todavía no había perfeccionado completamente sus sistemas de facturación. Trever no tenía duda de que lo haría. Simplemente todavía no.

Sus falsos documentos de identificación funcionaron. Los revisaron sin darles problemas y se abrieron paso hasta la humeante cantina.

Trever vio a Flame sentada en una esquina, con la espalda hacia la pared y un el pie sobre una silla ante ella. Estaba sorprendido por su apariencia. La había dejado en Rosha vestida con un sucio mono de trabajo, su pelo oscuro con una capa de polvo y su piel enrojecida y azotada por el viento. Ahora iba vestida toda de blanco, repantingada elegantemente en la mesa, con su oscuro cabello liso y brillante atado en una coleta en su nuca.

Ella fue toda actividad mientras empujaba una silla hacia él con un pie embotado. —Toma asiento y preséntame a tus amigos.

Trever notó que la mirada de Clive permanecía mucho tiempo en Flame, con la perplejidad en sus ojos. Después de que Trever presentara a Clive, Astri, Lune, Roan y Dona, Clive se volvió hacia Flame.

—Creo que nos hemos visto antes —le dijo.

Flame le dedicó una mirada fría. —¿Es esa tu frase estándar?

—Creo que no soy tan poco inspirado.

Solace soltó un bufido.

—No sabría decirlo —dijo Flame. Su tono helador le dijo a Clive que ella no estaba de humor para bromear.

—Centrémonos en nuestro asunto —dijo Trever. Estaba ansioso por que todos se llevaran bien. Un problema con el grupo con el que viajaba era que tenían todas esas personalidades. Se volvió hacia Flame—. Roan es uno de los miembros fundadores de los Once. Dona era también miembro de la resistencia. Vendrán con nosotros a Bellassa.

—Bien. ¿Tenéis un punto de entrada? —preguntó Flame—. Estaba pensando en aterrizar en las montañas y llegar a Ussa en aerodeslizadores.

—Solía haber una ruta. Ya no —dijo Dona—. El Imperio tiene ahora patrullas por toda la montaña, gruesas como las flores de la artemisa en primavera.

—Yo tengo una vía, pero hará falta pilotar de forma arriesgada —dijo Roan—. El Imperio ha cerrado Ussa, pero es difícil mantener patrullas en la frondosa área sur de la ciudad.

—¿Los Bosques Enredados? —preguntó Flame—. Pero eso es innavegable.

—Hay una forma —dijo Roan.

—¿Qué hay del resto de vosotros? —preguntó Flame.

—Vamos a coger un transporte a Coruscant —dijo Astri.

Clive estaba apoyándose contra la pared, manteniendo en sus manos una taza de brillante zumo azul que no había probado. —¿Algún consejo? No hemos estado allí desde hace algún tiempo.

Flame sacudió su cabeza. —Estrechos controles en todos los puntos de entrada. Será mejor que vuestros documentos de identificación sean perfectos.

—¿Tienes un hangar de aterrizaje favorito? —preguntó Clive.

Ella negó con la cabeza. —No he estado en la Ciudad Imperial. Ni siquiera antes de las Guerras Clon. No me gustan los planetas abarrotados.

—Bueno, nos vamos —dijo Solace, levantándose—. Ya están embarcando en el transporte.

—Iré a hacer las comprobaciones previas al despegue con Flame —dijo Trever.

Todos empujaron hacia atrás sus sillas. Era el momento de la despedida, y nadie sabía lo que decir.

De repente a Trever se llenó de presentimiento. Separarse de sus amigos ahora era diferente. No sabía cuándo les volvería a ver. Si es que alguna vez volvía a verlos.

—Curran Caladian me dijo que los svivreni nunca dicen adiós —dijo Solace bruscamente—. Simplemente dicen, “El viaje comienza, así que vamos”.

Trever les miró a todos, sosteniendo la mirada. —Vamos.

—Vamos, niño —dijo Clive.

Entonces Lune gritó, — ¡Vamos, Trever! —haciendo que todos riesen.

Astri, Lune, Solace y Clive se dirigieron a la puerta de embarque. Roan y Dona fueron con Trever y Flame hacia el hangar de salida de vehículos privados.

Embarcaron, y Flame se deslizó automáticamente detrás de los controles. Roan alzó una ceja.

—Ella es una gran piloto —le dijo Trever—. Confío en ella.

Roan agitó una mano. —Adelante —se colocó ante el ordenador de navegación—. Trazaré la ruta.

La nave obtuvo permiso para despegar y salió disparada hacia la atmósfera.

No hablaron mucho en el camino a Bellassa. Lo que esperaba delante era tan incierto y peligroso que era difícil pensar en nada más.

Trever se encontró pensando de nuevo en Ferus. Ahora parecía tan extraño, como si hubiese sustituido a Flame por Ferus. Los acontecimientos habían pasado sobre él como un salto al hiperespacio, y no había tenido tiempo de reflexionar detenidamente sobre ello. Era reconfortante estar con Roan, al menos, alguien que conocía y en quien confiaba. Alguien que le conectaba con su pasado.

Y ahora estaba volaba volando directamente hacia ello.

Pasó un día largo de viaje antes de que Roan anunciase reservadamente que estaban aproximándose al espacio aéreo de Bellassa. Entrarían en la atmósfera del planeta bastante lejos de Ussa, sobre los yermos del otro lado del mismo. Luego se acercarían por el sur.

De repente, las alarmas resonaron por toda la cabina.

—Naves imperiales circundando las estaciones de atraque —dijo Roan sin rodeos—. ¡Acción evasiva!

## CAPÍTULO SIETE

La nave hizo un estridente picado en espiral, y Trever se sujetó. Volver a casa de nuevo no debería ser tan duro. Otra vez, tuvo la sensación de que la galaxia estaba cabeza abajo. Al igual que él en ese momento.

La nave se niveló, y todos ellos tomaron aire.

—Fuera del alcance del radar —informó Roan—. Pero vamos a tener que entrar de nuevo si queremos aterrizar. Normalmente las patrullas son más aleatorias y están centradas alrededor de las plataformas de aterrizaje cercanas a Ussa. Nunca antes tuvieron grandes Destruidores Estelares acechando por aquí afuera.

Flame le dio la vuelta a la nave y redujo la velocidad. —¿Ahora qué?

—Allí hay un carguero grande con permiso para aterrizar en el espaciopuerto de Ussa —dijo Roan, monitoreando el tráfico aéreo—. Viene por el sur. Si pudieras pegarte a su flanco, podríamos pasar por el escáner detector. Entonces nos separaríamos cuando estemos cerca de la superficie.

—Entendido —dijo Flame.

Flame realizó un rápido picado, entonces voló en un patrón aleatorio hacia el carguero. Rápidamente sumergió la nave, dirigiéndose hacia la popa del carguero.

—Vamos a recibir algunas ondas de perturbación por el desplazamiento mientras nos colocamos más cerca —dijo ella—. Así que agarraos.

De repente la nave empezó a dar bandazos, y Flame tuvo que retirarse para evitar que se estrellasen contra el carguero. Mientras el viento azotaba el casco, enviándolos de izquierda a derecha y acercando la nave hacia el enorme carguero, Flame fue capaz de mantener la nave estable, a escasos metros del tubo de escape del carguero.

—La nave pronto abrirá el tubo de escape —advirtió Roan.

—Estoy lista. Será un buen momento para zambullirse.

El tubo de escape se abrió, y la nave fue lanzada hacia atrás. Flame perdió el control durante una fracción de segundo, y la nave giró tan rápidamente que Trever casi se cae al suelo. Estaba empezando a marearse. Flame se niveló rápidamente, entonces se dirigió hacia la superficie.

—No esperaba que fuese tan... agresivo —dijo ella con una mueca.

—Bien, estamos más allá de sus sensores —dijo Roan, mirando el ordenador—. No hay signos de que nos hayan visto. Creo que hemos pasado el punto de control.

Las manos de Flame se relajaron levemente sobre los controles.

La puesta de sol se expandió debajo de ellos en vetas naranja ardiente y rojo oscuro. Su vehículo descendió zumbando.

De repente los Bosques Enredados surgieron delante. El bosque era famoso en Bellassa. Los imponentes árboles compartían un complejo sistema de raíces y crecían tan espesamente juntos que sus ramas se entrelazaban creando formas fantásticas. No se veía ni una astilla de espacio entre ellos. La oscuridad caía rápidamente. Sólo quedaban vetas de color cerca del horizonte. Las manos de Flame se apretaron a los controles.

—Esto es imposible —masculló ella.

—Sólo lo parece —dijo Roan—. Confía en mí. Sigue las coordenadas que diseñé. No confíes en tus ojos.

—De acuerdo —dijo Flame, su voz estaba un poco temblorosa—, pero estamos a punto de chocar contra ese árbol.

Trever se echó atrás en su asiento. El macizo tronco surgió amenazadoramente delante pero Flame continuó.

La nave atravesó una proyección holográfica. Delante de ellos, a través de la penumbra pudieron divisar un túnel estrecho y serpenteante a través de las ramas entrelazadas de los árboles.

—La resistencia trabajó durante semanas para conseguir esto —dijo Roan inclinándose hacia adelante—. Primero colocamos el holograma, después despejamos un camino a través de los árboles. El Imperio aún no lo ha descubierto, y esperamos que nunca lo haga. Es una vía segura hasta Ussa.

Confiada ahora, Flame redujo la velocidad y zigzagueó a través del serpenteante túnel. Ahora estaba completamente oscuro, y los árboles sobre sus cabezas sólo hacían un ruido susurrante mientras avanzaban.

—Podemos dejar la nave en el linde del bosque —dijo Roan—. Hay una corta caminata hasta Ussa.

—Eso parece bien —dijo Flame, descendiendo la nave en un claro rodeado por un espeso y enredado dosel de árboles.

—Nada de mochilas de supervivencia —les advirtió—. Tenemos que parecer residentes de la ciudad.

Durante un el tiempo atravesaron el bosque, el cual fue aclarándose gradualmente hasta que pudieron distinguir luces centelleantes a lo lejos.

Gradualmente fueron escuchando el zumbido y el ajetreo del tráfico aéreo, y supieron que estaban cerca. Caminaban paralelamente a la carretera principal.

—Allá adelante está la parada del aerobús —les dijo Roan—. Dona y yo llevaremos las credenciales de Flame a los Once. Contactaremos con vosotros cuando sepamos algo. ¿Vienes con nosotros, Trever?

—Me quedaré con Flame por ahora —dijo Trever—. Todavía tengo a mis camaradas en el mercado negro. Nos esconderán sin duda.

Roan asintió. —Buena suerte. Dona y yo continuaremos a pie.

Trever y Flame salieron a la carretera. Las luces de Ussa sólo estaban a un kilómetro más o menos adelante. La parada del aerobús estaba abarrotada. Allí era donde aquellos que vivían fuera de la ciudad, o bien dejaban sus transportes personales o se bajaban de los transportes interplanetarios para coger los autobuses de la ciudad. Había un pequeño área de aterrizaje atestada de motos y deslizadores. Trever y Flame se unieron a la corta fila formada para esperar al siguiente aerobús. Empezó a caer una suave lluvia.

Estoy en casa, pensó Trever.

El aerobús llegó y embarcaron. Nadie les dedicó una segunda mirada. Se quedaron cerca de las puertas traseras. El aerobús se deslizó a través de las sinuosas calles de la ciudad. Los extranjeros a menudo se perdían en Ussa, ya que era una ciudad construida alrededor de siete lagos, y las carreteras eran circulares y se retorcían unas alrededor de otras en mareantes arcos.

Más personas se montaron y bajaron. Los pasajeros empezaron a reducirse mientras el aerobús llegaba al Distrito Piedra lunar, el cual estaba compuesto por almacenes y centrales eléctricas para la ciudad. Trever le dio un codazo a Flame, y se bajaron.

—No hay mucho que ver por aquí —observó Flame.

—Nos gusta así.

Trever había bajado del aerobús dos paradas antes de su destino, sólo para asegurarse que el acercamiento era seguro. Él condujo a Flame a través de las oscuras calles y por un callejón. Al final del callejón, empujó una puerta de lo que parecía ser un almacén vacío y abandonado. Dentro, sin embargo, había luz y actividad. Se había establecido una ciudad provisional dentro de las cuatro paredes del almacén. Las tiendas

habían sido dispuestas, las estructuras temporales levantadas, los bienes del mercado negro catalogados y guardados en recipientes de duracero. Mientras Trever entraba, todas las miradas se volvieron hacia él. Un hombre alto y musculoso, con una espesa barba y una pistolera que le cruzaba el pecho llena de pequeños pero mortíferos vibrocuchillos, se levantó. Flame se puso tensa.

El hombre amenazador abrió los brazos. — ¡Pensamos que estabas muerto! —gritó—. ¡Ven aquí, pícara comadreja de negro corazón!

Abochornado, Trever pasó al lado de ladrones que aplaudían y golpeaban al hombre en la espalda, el cual le levantó y le estrujó en un abrazo de oso que casi dejó a Trever sin respiración.

Trever golpeó los hombros del hombre para que le soltase. —Yo también me alegro de verte, Ptor —dijo sin aire.

Ptor le bajó al suelo y palmeó su cabeza. —Conseguiré una lona para ti y tu amiga para que podáis acomodaros en el suelo. También algo de comida.

Trever cogió la lona que le lanzó Ptor, y Flame le ayudó a extenderla en el suelo. —Cuando empecé a vivir en la calle, Ptor cuidaba de mí —le dijo a Flame.

—Parece un buen tipo para guardarte las espaldas —comentó ella.

—Sin duda ayudó a la transición —estuvo de acuerdo.

Alguien había colocado una gran holopantalla colgando del techo. Estaban emitiendo Holografía Imperial. Ptor miró hacia arriba y su cara se ensombreció. —Ahora sólo podemos ver una cosa en Bellassa. Aun así, prometieron emitir algunos archivos de los Juegos Galácticos esta noche. Sirven para algo, supongo.

De repente Darth Vader llenó la pantalla. La sala se aquietó lentamente mientras surgía la voz del comentarista.

—Lord Vader ha sido designado especialmente como el enlace imperial para el impulso bellassano para convertir todas las fábricas en un fin productivo. La ruina de la economía bellassana ha sido una preocupación personal del Emperador...

Darth Vader apareció de pie en una habitación, rodeado por hombres y mujeres vestidos con túnicas oscuras.

—...ha reunido los mejores y más brillantes científicos humanos de la galaxia...

— ¿Qué pasa con el resto de nosotros? —gritó alguien desde el fondo, un dorneano, un inmigrante bellassano.

—Al Imperio no le gustan las otras especies —murmuró Flame—. Están empezando a ocupar todas las posiciones de personal con humanos.

De repente Trever se quedó helado. En la pantalla estaba Ferus. Estaba en Ussa.

La sala se quedó completamente en silencio.

—...ha acudido al héroe bellassano, Ferus Olin para recibir asistencia. Ferus Olin ha empeñado sus considerables energías a la tarea de reequipar las fábricas bellassanas y traer una nueva vida a la economía del planeta...

De repente la sala estalló en insultos y abucheos. Alguien lanzó algo a la pantalla. — ¡Traidor! —gritó alguien. La palabra fue coreada hasta que hizo temblar las paredes.

¡Traidor! ¡Mono-lagarto!

Ptor escupió en el suelo.

—No pensé que a un grupo de ladrones y traficantes le importase tanto la política —murmuró Flame.

Trever miró alrededor de la sala. —A todos los bellassanos les importa la política —dijo él.

Sintió el desprecio en la sala. Alzó la mirada de nuevo hacia Ferus.

Traición. ¿Cómo podía hacer esto Ferus? ¿Incluso como agente doble? Había sido una inspiración. Ahora era lo peor de lo peor. Un traidor.

## CAPÍTULO OCHO

El Distrito Naranja de Coruscant se había deteriorado aun más. Parecía contener más pordioseros, más amenaza, y más escombros. Parecía más peligroso, más desastroso, y mas...

— ¿Naranja? —se preguntó Clive en voz alta—. Ha pasado algún tiempo desde que estuve aquí, pero nunca ha sido tan naranja.

Solace caminaba medio paso por delante, como hacía normalmente, sus ojos se movían constantemente, comprobando que no hubiese problemas. —El Imperio lo ha dejado solo, así que se ha vuelto peor.

—Eso es bueno para nosotros —dijo Astri—. Ella tenía agarrada la mano de Lune. No le había soltado desde que bajaron del aerotaxi.

—Sí y no —dijo Solace—. No lo dejarán solo mucho tiempo. No pueden permitirse que los vean como débiles. Y Ferus nos dijo que su ambición es controlar Coruscant hasta la corteza. Si esa es su ambición, llegarán hasta el final.

—Tal vez Coruscant no fue tan buena idea —dijo Astri, lanzándole una mirada molesta a Clive. Él fingió no verla.

—No, es el mejor lugar por ahora —dijo Solace—. Dex tiene un buen dispositivo. Y él mantiene su oído cerca del suelo. Cuando sea tiempo de moverse, él estará listo. El asteroide no era lugar para Lune. Y él es lo más importante.

Astri y Clive intercambiaron una mirada de sorpresa. Parecía poco característico de Solace que demostrase preocupación por un niño. Astri ni siquiera había estado segura de que Solace recordase el nombre de su hijo.

O tal vez Solace sólo se preocupaba por él porque era sensible a la Fuerza.

Clive sonrió a Astri, y ella agachó la cabeza antes de que él viese su sonrisa en respuesta. Ella todavía trataba de averiguar si le gustaba. Ciertamente no confiaba en él. Según Trever, Clive había sido algún tipo de estafador antes de las Guerras Clon, a pesar de todas sus jactancias acerca de ser un espía industrial para los buenos, quienes quiera que fueran. Como pirata informático, Astri tampoco había estado siempre en el lado correcto de la ley, pero ella había estado huyendo de un horrible ex marido y tenía sus razones.

Lo último que necesitaba en su vida era otro charlatán adulator. Ella había cometido el error de casarse con uno una vez. Bog Divinian la había llevado directamente a una vida de sufrimiento. Todo lo que le importaba a Bog era subir la escalera del poder político, y una vez que hubo probado el sabor del Éxito, hizo cualquier cosa para conservarlo. Se orgullecía de su lealtad, pero básicamente eso quería decir que los otros tenían que ser leales a él. Había fracasado en cada negocio que había intentado, pero resultó ser un genio en la política. Confiando en sus ricos amigos, manteniendo resentimientos, devolviendo favores, diciendo frases con todas las palabras correctas pero sin ningún significado real, había sobrepasado las expectativas de todo el mundo. Incluyendo las de ella. La enfurecía que Bog hubiese resultado ser el último en reírse.

No podía creer lo estúpida que había sido para enamorarse de él en primer lugar. Su padre había intentado decírselo, a su dulce y amorosa forma, pero ella no le había escuchado.

La nostalgia por Didi cayó sobre ella, cegándola casi durante un momento con lágrimas repentinas. Su padre adoptivo siempre había manejado una trama, normalmente a sus espaldas. Había sido un jugador con una conexión imprecisa con la

verdad que había ganado su negocio, un café, en una partida de sabaac. Era un mentiroso sin escrúpulos, una persona encantadora, y un padre maravilloso.

—El callejón de Dex. No hagáis ningún movimiento repentino, pueden ser muy quisquillosos por aquí —advirtió Solace—. Estamos bajo vigilancia constante.

Astri acercó más a Lune. Él era tan necesario para ella como respirar, pero tenía que admitir que básicamente la había convertido en una cobarde. Cuando recordaba a la chica que se había afeitado la cabeza y se había ido con un Jedi, Obi-Wan Kenobi, para rastrear a un cazarrecompensas, apenas podía creer que ella era la misma persona. Ahora nunca se ponía en peligro a sí misma. Nunca volvería a jugarse la vida. Su vida era la vida de Lune.

El callejón era estrecho, los edificios que lo rodeaban parecían encorvarse sobre él protectoramente. No tenían ventanas, sólo rajadas, las cuales les daban un aire ominoso. El callejón torcía y giraba, conduciendo a finales sin salida. Sólo había un camino de entrada y uno de salida hasta donde Astri podía ver.

Solace se detuvo en frente de una puerta que parecía indistinguible de cualquiera de las docenas que habían pasado. Ella permaneció delante de ella durante un momento. Entonces escuchó un leve chasquido y la puerta se abrió. Entraron en un recibidor pequeño y oscuro. Un corto tramo de escalera conducía hasta una puerta cerrada. Astri tembló. ¿Y si era una trampa?

De repente se abrió una puerta, y una columna de luz amarilla descendió. La maciza forma de Dexter Jettster llenó el umbral. Descansaba sobre un gran sillón con un motor repulsor.

—Bienvenidos, bienvenidos —exclamó—. Subid aquí arriba donde encontraréis amigos —se apartó para dejar espacio para que ellos subieran.

—Es bueno verte de nuevo, Solace —dijo, inclinando la cabeza ante ella—. Y Clive Flax puede que no lo recuerdes, pero ya nos conocemos.

—Lo, recuerdo —dijo Clive—. Todavía sigo digiriendo tus sliders.

Dex se rió. —Se pegan a las costillas, eso es seguro.

—Esa es una forma de decirlo.

Entonces Dex miró a Astri. Él inclinó la cabeza hacia un lado. Astri no podría creer que una criatura tan maciza pudiese proyectar tal encanto.

—Y ahí estás, más bonita que nunca —le dijo—. Recuerdo el día que compré el restaurante de tu padre. Me enteré de su muerte. Lo siento más de lo que puedo expresar con palabras. Era un buen hombre. Debes extrañarle mucho.

—Así es —dijo Astri con una sonrisa.

Dex se rió con satisfacción. —Me dejó un buen negocio. Cambié algunas cosas, ¡pero todo el mundo que entraba seguía preguntando por ti y por Didi!

—Gracias por acogernos —dijo Astri.

Dex se inclinó. —Y éste es tu hijo.

—Mi nombre es Lune.

—Y así es, y yo soy Dexter, pero puedes llamarme Dex, como lo hacen todos los demás. Tal vez no lo recuerdes, pero también nos hemos visto antes. Tú sólo tenías dos años.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Lune.

— ¡Claro que sí, claro que sí! —Dex se rió—. Ahora. Démosle al granujilla algo de comer, y el resto hablaremos. Hay mucho que decir.

En pocos momentos Lune fue conducido a la cocina por WA-7, el antiguo droide que había trabajado con Dex en su restaurante. Los demás fueron a la sala de conferencias, donde esperaban Keets y Curran.

Rápidamente, Solace explicó donde estaban los demás, y el hecho de que habían



tenido que sacar a escondidas a Astri y a Lune de Samaria. Keets y Curran escucharon atentamente.

—Podéis quedaros aquí tanto como queráis —dijo Curran, cabeceando hacia Astri—. Por ahora es seguro.

—Podemos empezar a buscar planetas donde podáis ocultaros —dijo Dex—. Empezar otra vez con tu niño. Tendrás que escoger cuidadosamente. Bog Divinian tiene un montón de conexiones, ahora que es el dirigente de Samaria. También ha sido designado gobernador interino de Rosha. Ahora es un gobernador de un sistema. Muy importante.

Astri asintió.

—Ahora... tengo algo que deciros —dijo Dex, cabeceando hacia Clive y Solace—. Algo que Ferus tiene que saber. Hay un nuevo Inquisidor principal, su nombre es Hydra. Está asumiendo el cargo de Malorum, era su asistente. Parece que podría tener los mismos intereses que Malorum. Está investigando a un varón humano con poderes inusuales que está apareciendo y desapareciendo.

—¿Poderes inusuales? —preguntó Solace.

—Ha sido visto en áreas clave en el Imperio Galáctico. Crea algún problema que otro para el Imperio, supongo, y no le tienen ninguna estima. No sabemos por qué, exactamente. La cosa es que estos "poderes especiales" me suenan mucho a usar la Fuerza. Pensé que deberías saberlo.

—Nuestro contacto está intentando averiguar más información —informó Keets—. Pero a todo el mundo le gusta mantener la cabeza agachada en estos días. Las cosas están difíciles. Siento decir que Curran y yo utilizamos todos los contactos que tenemos y volvimos sin nada.

—Entonces centrémonos en lo que sabemos —dijo Dex—. Se dice que llegó de muy arriba, tal vez incluso tan arriba como Vader, la orden de atrapar a este tipo y llevárselo para interrogarle. El último avistamiento fue justo aquí en Coruscant.

—¿Crees que es un Jedi? —preguntó Solace.

—Creo que podría serlo —dijo Dex—. Ferus debe saberlo.

Solace frunció el ceño. —Ahora mismo está bajo una cobertura muy profunda. No le podemos pasarle la información. Voy a tener que comprobarlo por mí misma.

—Te echaré una mano —dijo Clive—. Le debo un favor a Ferus. Más de uno, en realidad, pero no le digas que he dicho eso.

Astri vaciló. Se había prometido solemnemente a sí misma permanecer en la sombra allí en Coruscant. No podía arriesgarse a ser descubierta. Tenía que proteger a su hijo.

Pero Ferus le había salvado la vida, y la de Lune. Lo haría una y otra vez si tuviese que hacerlo.

Era hora de encontrar su coraje.

—Os ayudaré —dijo Astri—. Podríais necesitar un buen hacker.

Dex volvió la cabeza hacia ella. —Viniste aquí buscando un lugar donde esconderte, no para involucrarte en esto.

—Ferus necesita ayuda. Salvó la vida de mi hijo. Y yo siempre he estado lista para ayudar a los Jedi.

—Todavía tengo algunos contactos —dijo Clive—. Si los vuestros se han quedado secos —continuó con un asentimiento hacia Keets y Curran—, yo podría desenterrar algo.

Solace asintió. —Todavía puedo idear algunos planes.

—¿Qué pasa con nosotros? —preguntó Keets—. Debe haber algo que podamos hacer Curran y yo.

Los ojos de Dex centellearon. —Oh, tengo el trabajo perfecto para vosotros dos.  
—dijo.

## CAPÍTULO NUEVE

Roan se sentía bien al volver a tener sus botas sobre su mundo natal. A pesar de todo, estaba en casa, se dijo Roan a sí mismo, pero sabía que solamente estaba buscando algo, sólo una cosa, para sentirse mejor. A su alrededor sentía cómo Bellassa se desmoronaba. Su amada ciudad de Ussa, la ciudad que habían soportado una guerra y una ocupación y todavía había encontrado la voluntad para resistir hasta el último ciudadano, ahora había caído de rodillas. Podía sentirlo. “Según se comporta Ussa, así lo hace Bellassa”, era un dicho en su planeta natal. Todo el mundo había mirado hacia la ciudad capital buscando tendencias, signos, dirección, coraje.

Y se estaba muriendo.

Se sentía desplazado. Era casi una sensación física, como si la gravedad del planeta hubiese cambiado. O como si el ligero aire de las montañas hubiese descendido hasta las llanuras en las que se asentaba Ussa, invadiendo lentamente la ciudad hasta que todos los ciudadanos se sentían un poco mareados, un poco sin aliento.

¿Podría estar perdiendo los nervios?

Deseaba poder ver de nuevo a Ferus. Su asociación con Ferus le mantenía en tierra. Ahora Ferus estaba jugando un juego peligroso, y por primera vez Roan temía verdaderamente por su futuro.

Caminó con Dona a través de las calles familiares de su antiguo barrio. Ya habían estado en tres restaurantes, buscando algo que comer. Los suministros eran escasos. Había agua condimentada con hierba de annisa de las montañas. Pero no había té. Había pasta de raíz pero no fruta. Finalmente encontraron a una ussana amable que había establecido un puesto cerca del parque con fruta seca y rebanadas de pan. Casi lo había vendido todo pero les dio lo último que tenía.

Dona estaba taciturna mientras comían sus escasos alimentos. —Cuando las personas tienen hambre, la resistencia puede desvanecerse —dijo ella.

—Con el invierno inminente, ¿cuánto tiempo aguantarán los ussanos? —se preguntó Roan en voz alta—. Si están de acuerdo en reconocer al gobernador y obedecer las leyes del Imperio, el ejército Imperial levantará el bloqueo.

—Pronto las madres verán a sus niños llorar —dijo Dona—. ¿Realmente queremos sacrificar a nuestros niños?

El Imperio había tomado el puerto, regulando estrictamente lo que entraba y lo que salía. Había cerrado los teatros, los museos y los complejos de entretenimiento que le habían dado a la ciudad una vibrante vida. Había llenado los parques verdes con sus guarniciones negras. Había quitado todas las cosas que hacían que la vida valiese la pena. Excepto la vida misma.

Dona se sacudió las migas de la áspera túnica de lino que llevaba puesta. —No voy a volver a las montañas —le dijo a Roan.

Él estaba sorprendido, pero no lo mostró. Para Dona, las montañas eran sagradas, el único lugar en el que se sentía en casa. —¿Por qué? —preguntó él.

—Me quedo aquí para ayudar a los Once —dijo Dona—. No para ofrecer santuario cada dos por tres, o un guía si necesitan uno. Sino ayuda real.

—Tú ayudas —dijo él—. Eres nuestro contacto en el área de la montaña, y eso se ha convertido en algo más importante que nunca.

Dona se volvió hacia él con impaciencia. —Tienes otros agentes en las montañas, buenos agentes, y lo sabes. Soy una mujer vieja, ¿es eso? ¿Crees que no puedo ser útil?

Roan se rió. —No pienso en ti como una mujer vieja, Dona. Sé que serás de gran

ayuda. Yo solamente...

— ¿Quieres protegerme?

—Sí —admitió él.

—Bien, ya lo has hecho suficiente. Tú y Ferus. Os debo a ambos mi vida, y estoy en deuda con mi planeta natal. Esto es de lo que podrías no darte cuenta: Nadie se fija en una vieja. Puedo hacer más por ti de lo que piensas.

—De acuerdo —dijo Roan—. Será un honor para nosotros el que te quedes.

Ella inclinó su cabeza.

Él puso una mano sobre su hombro. —Simplemente no quiero perderte.

—Tú y yo, somos demasiado duros para que nos atrapen —dijo Dona con una sonrisa.

La verdad sea dicha, él se alegró. Dona era un enlace con Ferus. Antes de las Guerras Clon, la habían visitado en las montañas y se habían quedado en su cabaña. Ese era uno de sus momentos más felices.

Roan había crecido en Ussa en una familia numerosa. Estaba acostumbrado al ruido, al movimiento y a la risa. Sus padres todavía vivían en Ussa, pero él raramente les veía, por miedo a ponerlos en peligro. Dos de sus hermanos habían emigrado a otros planetas, y su hermana había muerto en las Guerras Clon, pero sus parientes; primos, tías, tíos y abuelos; todavía estaban dispersos por la ciudad. Él podría ir andando por cualquier calle de Ussa y eso daría inicio a un recuerdo, normalmente algo que le haría sonreír.

—Vi a Ferus en el HoloRed anoche —dijo Dona—. Está representando muy bien el papel de traidor. Demasiado bien.

— ¿Crees que se ha pasado al Imperio? —preguntó Roan. No creía que pudiese soportarlo si Dona pensaba eso.

—No, por supuesto que no. Pero me preocupa que cualquier bien que piense que puede hacer será anulado por el mal. Era un símbolo de esperanza para la gente de Ussa. Se escapó de dos prisiones Imperiales. Se marchó. Ahora parece que se ha doblegado ante el poder. Parece que se ha rendido, entonces ¿por qué no deberían hacerlo ellos?

—Vamos, caminemos —Roan se puso en pie. Ya no era seguro permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio—. Puede que estés en lo cierto. Y si conozco a Ferus, él está pensando lo mismo. Tiene que haber una razón para que se quede.

—Probablemente tienes razón.

—Ojala pudiese hablar con él.

—La gente de Ussa está lista para rendirse —dijo Dona—. Incluso en el poco tiempo que llevamos aquí, he oído los rumores. Si el Imperio toma el control de las fábricas y construye más, habrá montones de nuevos puestos de trabajo. Las personas quieren alimentar a sus familias.

—Eso es con lo que cuentan.

—Sí, bueno, no se puede comer integridad. Sólo pan.

Guardaron silencio mientras caminaban, dando un rodeo a su ruta, alerta ante espías imperiales. Cuando Roan estuvo seguro de que no les seguían, se dirigió hacia una casa poco llamativa en una calle estrecha. Mientras él y Dona se acercaban a la entrada, la puerta se abrió. Entraron dentro.

— ¡Roan! —Amie Antin avanzó un paso y le abrazó—. No sabíamos que te había ocurrido... cuando contactaste con nosotros, nos pusimos tan contentos —se volvió para abrazar a Dona, quien parecía un poco sobresaltada por el gesto. Ella no conocía a Amie tan bien.

Amie bajó sus ojos negros. —Tonto, lo sé. Es sólo que... hemos tenido nuestras pérdidas últimamente. Terris y Naima.

Roan sintió como la tristeza se agarraba a él. — ¿Qué sucedió?

—Fueron desintegrados por una nave imperial. Creemos que Darth Vader iba a bordo —se mordió los labios—. Y Ferus también.

Hubo una pausa embarazosa. Roan sabía cuánto debía haber agonizado Ferus al estar a bordo de una nave que disparaba a aquellos con los que había luchado y en los que había confiado. Esperaba que Ferus no hubiese sabido que las naves habían sido pilotadas por amigos.

— ¿Amie? Tráelos adentro —llamó una voz.

Roan entró a grandes pasos. Wil estaba sentado en un sofá bajo, su pie descansando sobre un taburete. Era extraño ver al fuerte y musculoso Wil sentado. Normalmente estaba lleno de energía.

— ¿Qué pasó?

—Sólo algo de fuego láser —Wil agitó una mano—. Amie dice que viviré.

Roan miró a Amie buscando confirmación, y ella asintió, diciéndole que Wil se pondría bien. Roan captó cierta ternura entre ellos. Sintió que algo había cambiado. Por fin, probablemente, Wil le había dicho a Amie lo que sentía por ella.

—Estaba cerca de la guarnición —explicó Wil—. A cubierto, por supuesto. Nos gusta monitorear las idas y venidas. Se consigue una cantidad sorprendente de información de esa forma. Un centinela me pidió que me identificara, y decidí salir corriendo.

—Supongo que no corriste lo suficientemente rápido —dijo Roan, sentándose al lado de Wil—. Dona quiere unirse a nosotros. Oficialmente, me refiero.

—Nos alegra oír eso —dijo Wil—. Serás una valiosa contribución para los Once, Dona —hizo una mueca—. Como lo somos nosotros.

—Necesitará nuevos documentos de identificación —dijo Roan—. Yo también. Puedo crearlos. ¿En qué condición está el equipo? Sé que usted tuvisteis que trasladar el cuartel general.

—Nos hemos establecido aquí para la fabricación de documentos de identificación —dijo Wil—. Pero estamos hablando de trasladarnos otra vez. Hemos llegado al punto en el que pensamos que es mejor mudarse cada pocas semanas. Hemos esparcido el grupo, y todos nosotros nos mantenemos en movimiento. El único problema es... —Wil vaciló—. Hace algunos meses no teníamos problema para conseguir ussanos que nos ofreciesen su ayuda. Incluso si no eran parte de los Once, nos prestaban su equipo. Apartamentos. Garajes para almacenar cosas. Pisos francos. Pero esa ayuda se ha reducido hasta un goteo.

—Se están cansando del sacrificio —dijo Amie—. ¿Y quién puede culparles? Nuestros éxitos se han convertido en simple supervivencia. Parece no haber fin a la vista. El Imperio simplemente sigue consolidándose. Haciéndose más fuerte. Más organizado.

—No podemos rendirnos —dijo Roan.

—Claro que no —estuvo de acuerdo Wil—. Necesitamos tener un éxito. Algo grande. Algo que les dé esperanza. Pero nos estamos quedando sin opciones. Nuestros fondos son muy escasos. Necesitamos créditos para sobornos, para equipo.

—Tal vez podríamos ayudarlos con eso —dijo Roan, mirando a Dona—. ¿Recordáis a Trever Flume?

—Por supuesto —dijo Amie—. Le vimos hace algunas semanas.

—Trever ha sido el contacto principal con un miembro de la resistencia llamada Flame. No sabemos su nombre real. Ella es de Acherin. Tiene una enorme fortuna a su disposición. Su idea es financiar tantos grupos de resistencia como pueda, y entonces conectarlos en una sola operación central. Está yendo de planeta en planeta para

contactar con la resistencia de cada uno. Llama a la operación por el nombre en clave Golpe lunar.

—Es una idea —dijo Wil, considerándolo—. Podría exponernos demasiado. Pero de todas formas hay fuerza en los números. A menudo hemos deseado poder coordinarnos con otros planetas. Compartir información.

—Vale la pena una reunión —dijo Amie—. ¿Vendría Flame aquí?

—Ella ya está en Bellassa, esperando nuestra señal —dijo Roan—. Estaría dispuesta a financiar una operación para los Once.

—Reunámonos entonces —dijo Wil, mirando a Amie.

—¿Qué pasa con Ferus? —preguntó Roan.

Amie bajó la mirada hacia su regazo. Wil se estudió el pie herido.

—Sed honestos —dijo Roan.

—Apoyamos lo que sea que esté haciendo —dijo Wil—. No es eso.

—¿Pero tiene que ser tan visible? —saltó Amie—. Está por toda la HoloRed.

—Lo planearon de ese modo, estoy seguro —dijo Roan—. Ferus está atrapado. Tiene que mantener su posición.

—¿Pero por qué? —preguntó Amie—. ¿Ha conseguido alguna información que podemos usar?

Roan sacudió la cabeza. No podía explicarles a Amie y a Wil que Ferus ahora tenía una meta más grande. Ferus estaba buscando Jedi. Prestaba su apoyo y experticia a la resistencia cuando podía, pero no era su primera prioridad. Como agente doble, estaba en la posición perfecta para acceder finalmente a cualquier registro que el Imperio tuviese sobre actividad Jedi sospechosa. Roan sabía bien que Ferus no podría dejar eso. Todavía no.

—En este punto, nos preguntamos si el peligro en el que se pone a sí mismo vale la pena —dijo Wil—. No creo que esté de parte del Imperio, pero muchos bellassanos sí. La prueba está delante de sus narices.

—Será mejor que valga la pena —dijo Amie.

—Estoy seguro de ello —dijo Roan—. Estoy seguro que Ferus es dolorosamente consciente de la imagen que está proyectando —Roan pensó un momento—. En cualquier caso, deberíamos contactar con él mientras está aquí. Este asunto de las fábricas, ¿de qué se trata realmente? Nunca es realmente lo que dicen que es.

—Y raramente es en nuestro beneficio —añadió Wil.

—Contactaré con él —dijo Roan.

—¿Pero cómo? Está rodeado por el Imperio. Está prácticamente unido a la cadera de Darth Vader —dijo Amie con una mueca de disgusto.

—Tengo una manera —prometió Roan.

## CAPÍTULO DIEZ

Apego. Se suponía que Ferus no tenía que tener ninguno. Si quería ser un auténtico Jedi, era así.

¿Pero qué significaba eso, apego? Incluso siendo un Pádawan eso le había desconcertado. Había estado apegado a Siri, su Maestra. Ella había sido un mentor, una hermana mayor, una presencia en su vida que le había protegido y, a su manera, le había querido mucho.

¿Qué significa no tener apego? Él le había hecho la pregunta en un largo viaje hacia el Borde Exterior. Siri había estado en una de sus posiciones favoritas, en el suelo de la cabina. Solía gustarle estirarse allí con el zumbido de los motores bajo su espalda, sus botas cruzadas sobre el asiento del copiloto.

—Parece muy duro, Maestra. Tener tantos seres que son importantes para mí pero no sentir apego por ellos. No entiendo lo que significa "ningún apego".

Siri no se puso derecha, pero él vio que su bota se balanceaba adelante y atrás, adelante y atrás, mientras consideraba la pregunta. Pensando hacia atrás ahora, Ferus se preguntó por la expresión de su cara. Había habido un juego de emociones que la hicieron parecer suave, luego triste, y después esa emoción simplemente... se fue, y lo que quedó fue simplemente contemplación, un Maestro intentando encontrar la respuesta correcta para una pregunta que no tenía respuesta.

No es muy difícil de explicar, había respondido Siri finalmente. Amar sin querer poseer o influenciar. Querer sin conservar. Tener sin retener.

Ferus recordó haber asentido. Había pensado que lo había captado. Como siempre, había querido complacerla. Entiendo, Maestra. Siri le había mirado luego y había sonreído. No, no lo entiendes. No es algo que entender. Es algo por lo que esforzarse.

Pero aquí estaba él en Bellasa, y todo aquí le recordaba el apego. Apego a un mundo natal, apego a Roan, apego a los amigos. Seguía encontrándose bruscamente con recuerdos dondequiera que mirara.

Vio que los Jedi estaban en lo cierto. Interfería con su conexión con la Fuerza. Interfería con su concentración. Todo lo que quería hacer era esfumarse y encontrar a Roan, relajarse en la camaradería de los Once.

Después de lo que había sucedido con el Imperio, Obi-Wan le había dicho que a causa de tantos cambios, quizá las reglas de los Jedi cambiarían, si hubiese algún Jedi vivo para cambiarlas. Quizá el apego sería valorado. Estaban en contra de un sistema que no apreciaba nada, el apego lo que menos. Así que tal vez tenían que conservar lo que pudieran.

Él no quería dejarles ir. No quería dejar que nada de eso se fuera. Cualquier apego de su corazón.

Tendría que encontrar la manera de hacer que todo encajase. Su conexión con la Fuerza, y su conexión con la Fuerza Viva. No lo abstracto, sino lo particular. Una cara particular que le producía alegría. Un camino familiar que buscaba entre las multitudes de Ussa. Él podría encontrar fuerza en eso, no debilidad.

No había sabido cómo ser cercano a alguien cuando dejó el Templo. Había aprendido. Roan le había mostrado cómo. Roan había crecido en una familia numerosa que estaba llena de discusiones, risas y comidas familiares que se alargaban hasta la cena y hasta la medianoche. Habían aceptado a Ferus sin dudarlo, y también se habían convertido en su familia.

Y ahora él los estaba traicionando. Le veían en la HoloRed. Se preguntaban cómo

podía haberles traicionado de esa manera.

No había estado solo desde que había llegado. Vader se había asegurado de eso. Había sido arrastrado a reunión tras reunión, mostrado como un animal adiestrado. Constantemente dirigido, constantemente escoltado, para que fuese incapaz de hablar directamente con los bellasanos.

Podía escapar. Simplemente no estaba seguro si debería. Déjalos hacer su trabajo, déjales presentarle como un traidor para los bellasanos. Hasta que supiese con seguridad lo que estaba haciendo y a donde estaba yendo, continuaría sintiendo esta agonía y no haría nada excepto esperar, y tenía la esperanza de que descubriría más sobre Crepúsculo y más sobre lo que el Imperio estaba haciendo realmente en Bellasa. Porque sabía algo con seguridad: Algo estaba pasando. Lo cuál no era mucho, pero abrigaba esperanzas.

La reunión era con ingenieros y científicos de muchos planetas de la galaxia, todos ofreciendo su tiempo para remodelar las fábricas ussanas y poner en marcha su economía de nuevo.

O al menos eso se suponía. Ferus esperaba en un cuarto adyacente. Él nunca estaba en las reuniones en las que se decían cosas importantes. Le dejaban fuera en beneficio de periodistas y bellasanos nativos. Estaba presente en las reuniones en las que se intercambiaban tópicos y se hacían promesas que no tenían nada que ver con las auténticas cuestiones.

Él estaba en una fábrica. Las fábricas en Ussa eran modelos de limpieza y orden. Estaban reclusas en un distrito, y mezclaban tecnología adelantada y buen diseño. Los ussanos estaban orgullosos de sus tejidos y de su cerámica, la cual era codiciada por toda la galaxia. Las fábricas no eran grandes, pero había muchas, y normalmente empleaban una considerable población de Ussa.

Habían estado cerradas durante seis meses.

Ferus miró por la ventana a un jardín que tenía mesas y sillas para que los trabajadores comiesen al aire libre en el buen tiempo. Bellasa rebosaba de arbustos florecientes que florecían durante todo el año. Para su sorpresa el jardín mostraba indicios de cuidado. Los bordes del camino eran afilados, los arbustos estaban recortados y exuberantes. Pero la fábrica había estado cerrada.

—Yo lo mantengo.

Ferus se giró hacia el sonido de la voz. Un hombre de mediana edad, con pelo plateado, miraba por la ventana hacia el jardín; —No fue nunca mi trabajo. Yo estaba al cargo de la seguridad. Entonces me convertí en el cuidador cuando esto cerró. Pero no podía soportar ver las malas hierbas ahogándolo. Fue siempre un lugar bonito. Así es que me aseguré de que permaneciese de ese modo, esperando que la fábrica reabriera pronto.

—Parece que así será —dijo Ferus.

—Dime, ¿no se supone que tienes que estar en esa reunión?

Ferus se dio cuenta de que el hombre no le había reconocido. Ya que Ferus llevaba puestas las ropas de un extranjero, el hombre asumió que era uno de los científicos. —Sí, pero han cerrado la puerta —dijo Ferus.

El hombre alzó una llave tarjeta. —Puedo abrirla, para que puedas colarte hasta la parte de atrás —hizo un guiño—. No tiene sentido irritar al Imperio. No en estos días.

—Se lo agradezco —dijo Ferus. Tal vez podría descubrir algo, finalmente, si entraba antes de lo que se suponía.

Siguió al hombre pasillo abajo y se detuvieron ante la puerta sin marcas. El hombre sacó su llave tarjeta y la puerta se abrió silenciosamente. Ferus entró furtivamente. Estaba detrás de un grupo de oficiales imperiales de seguridad, todos ellos



de alto rango. No se giraron. Darth Vader estaba presente, requiriendo su atención. El Moff Tarkin de cara gris estaba hablando.

—...tendrán los recursos técnicos del Imperio para ayudarles —estaba diciendo—. Si necesitan asistentes, ordenadores adicionales o recursos materiales, pueden solicitarlos. En Bellassa el foco se centrará en nuevas tecnologías para conductos de energía y componentes modulares para atmósferas artificiales a una escala sin precedente. Se dividirán en grupos de atención y atacarán problemas con nuevas soluciones. Esperamos innovación y exigimos resultados. Tienen el honor de trabajar en un proyecto que beneficiará la seguridad y la estabilidad de toda la galaxia.

Uno de los científicos alzó la voz, una mujer de apariencia seria vestida con una túnica oscura color borgoña. —¿Pero cuál es el proyecto?

—Trabajamos con el principio básico "sólo lo que necesito saber" —dijo Tarkin.

—¿Cómo podemos trabajar en esto si no conocemos la visión global? —preguntó alguien más.

Ferus sintió el poder de la cólera de Vader ondeando a través de la sala.

—Han recibido sus instrucciones —dijo Tarkin—. Espero que todos ustedes estén felices con los planes que el Imperio hizo para sus familias.

Era como si todo el aire hubiese sido absorbido de la habitación. Los semblantes de impaciencia y condescendencia en las caras de los científicos cambiaron a miedo. Ferus podía olerlo.

Se dio cuenta de lo que quería decir. El Imperio había secuestrado a sus familias. Los mantenían como rehenes para asegurar la cooperación de los científicos.

La mujer de la túnica borgoña habló. Su voz estaba algo grave y no temblada. —¿Podremos contactar con ellos?

—Se regularan las visitas. Mientras sean capaces de centrarse en su trabajo. Me enviarán informes regulares de su progreso.

Cuando nadie objetó, Tarkin continuó. —Todo esto se hace para facilitar nuevos avances en la investigación y el descubrimiento. Son privilegiados por estar en una posición para ayudar al Imperio —asintió hacia la parte trasera de la sala—. Traigan a la prensa.

Ésa era la señal de Ferus. Se colocó detrás de una columna y esperó hasta que la prensa entró obedientemente, luego se colocó detrás de ellos. Sabía lo que se esperaba de él. Estaba presente para convencerles de que someterse al Imperio era inevitable, incluso para los así llamados héroes de la resistencia. Fue y se sentó al lado de Darth Vader. Observó como Tarkin continuaba como portavoz oficial, presentando al grupo como un grupo de expertos llamado Proyecto Bellassano, el cual, lanzaría a Bellassa hacia el futuro con avanzados descubrimientos tecnológicos, todos los cuales beneficiarían al planeta. Los científicos habían estado de acuerdo en establecer su residencia en Bellassa durante un período indefinido, por su gran deseo de unirse a ese ambicioso e incomparable viaje de investigación y descubrimiento.

Bla-bla-bla, pensó Ferus. Era una expresión de Trever.

—Como pueden ver, el gran héroe bellassano Ferus Olin está aquí para facilitar la transición —continuó Tarkin.

Ferus luchó contra la repulsión que surgió dentro de él. Vio la cámara flotante de las noticias de la HoloRed centrada en su cara. Se obligó a no pensar en nada para que así su cara se viese vacía de expresión. No quería dar la impresión de que estaba encantado, ni quería darle motivos a Vader para quejarse de él.

Tuvo que jugar el juego. Ahora, además de Crepúsculo, tenía que averiguar los auténticos planes del Imperio para Bellassa. ¿Estaban las dos cosas conectadas? ¿Cuál era el proyecto ultra secreto para el que los científicos habían sido reclutados?

Ferus subió al aerodeslizador imperial con el resto del personal de seguridad. Aceleraron a través de las calles de Ussa de regreso al Distrito Lago Piedrazul en el centro de la ciudad. La guarnición, una llaga en el paisaje, se alzaba en los antiguos Comunes. Una vez Los Comunes habían sido un parque verde que se extendía a lo largo de varios kilómetros, un lugar central en el que se reunían los ussanos.

—El hangar está lleno —dijo el piloto—. Tendréis que caminar desde aquí.

Ferus salió con los demás. Había atravesado andando este verde miles de veces en lo que parecía una vida anterior. Avanzó por el camino color pizarra hacia la guarnición. Los otros igualaron su paso a su alrededor en lo que él sabía que era una maniobra de flanqueamiento para evitar que se desviara.

Delante vio una mancha de pintura en la acera, como si alguien hubiese estado caminando con una lata goteante. Ferus contó veinticinco y vio otra mancha roja. Luego otros veinticinco. Una amarilla.

Los oficiales avanzaron con impaciencia. Le dejaron con los soldados de asalto. Sin duda tenían órdenes de rodearle. Sintió el hombro del guardia de su lado rozar con el suyo. Sus pasos se ajustaron a los suyos. Sutilmente le guiaban hacia la entrada de la guarnición a escasos metros.

Pero las marcas le decían que tenía que librarse de ellos de alguna manera. Era un código tan arraigado en él que era como una voz en su oído.

Roan necesitaba verle.

## CAPÍTULO ONCE

Bog Divinian botó en la silla en su nueva oficina de Rosha. Era una absurda indulgencia que se permitía cuando no había nadie cerca. No podía creer que estuviese allí realmente, gobernador de todo un sistema. Por supuesto Samaria era sólo un sistema de dos planetas, pero estaba en el Núcleo, y era un principio.

Se asomó a la ventana y miró las ruinas de la ciudad. El humo todavía estaba espeso sobre los edificios. Ya había trazado planes para reconstruir la ciudad. O, más bien, le había ordenado a alguien que encontrase a alguien que lo hiciera. No le valía de nada al Emperador en la condición en la que estaba ahora. Rosha tenía la experticia técnica que le era extremadamente necesaria al Imperio, así que él tendría que volver a ponerla en marcha. No podía arriesgarse a perder esa posición. Sabía que la invasión no había ido bien. La había manejado con un poco de mano dura.

Pero con todo, lo estaba haciendo bien. Muy bien.

Una nube a la deriva oscureció la ventana, y él se vio reflejado. Por un momento, se vio viejo. Había habido demasiadas noches largas últimamente. Tenía ojeras, y ¿era eso una curva en la línea de su mandíbula? La política podía envejecerte. Pero los políticos no podían permitirse parecer viejos. Tendría que encontrar tiempo para escabullirse y tensar algunas cosas. Pronto.

Bog giró de un lado a otro sobre su silla, su boyante humor aplacado. Justo cuando empezaba a pensar que tenía sus manos llenas de riquezas, recordaba de repente algo que no tenía, y volvía de golpe a la infelicidad. Era un sentimiento de soledad.

Era todo culpa de Astri. Había tenido una familia, y ella se la había robado.

Él había ganado el juego político, pero en cierta forma Astri había sido más astuto que él y se había llevado a Lune. Tenía espías trabajando para él, tratando de rastrearla, pero ella simplemente se había desvanecido en las Torres de la Fuente en Sath, escapando con un misterioso grupo, sin duda ayudada por la resistencia.

Alcanzó su comunicador y contactó con Sano Sauro. Sauro lo había estropeado todo y había sido degradado, pero Bog había aprendido a no derribar nunca la escalera que te había llevado hasta la cima. No sabías cuándo necesitarías la escalera otra vez.

Sauro respondió inmediatamente, lo cual era agradable. Ahora que Bog era gobernador imperial, no tendría que suplicar por atención.

Sauro todavía era Senador porque podía contarse entre los que votaban estrictamente como el Emperador quería, pero ya no era cabeza de poderosos comités, ni un conocido político junto al oído de Palpatine. Ahora se encargaba meramente de la Academia Naval Imperial, lo cual divertía a Bog infinitamente. ¡Sauro era prácticamente una niñera!

—Hola, Bog —dijo Sauro—. ¿Cómo va el gobierno?

Bog podía oír el veneno en su tono. Probablemente Sauro estaba siendo devorado por los celos. Había pensado que era más listo que Bog y que se alzaría más rápido bajo el nuevo gobierno. Lo que no había tenido en cuenta fueron los instintos de Bog. Eso le hacía más listo que el resto de esos sabelotodo.

—Vamos tirando —respondió Bog brevemente—. Mucho por hacer, tiempo atareado por aquí. Intentando unificar el planeta, subirlos a bordo del Imperio.

—Por supuesto.

—¿Alguna noticia de nuestro proyecto?

—Ninguna. Pero he estado mirando en la base de datos MOS.

—¿Qué es eso?

—Movimiento Sospechoso. Acrónimo MS. Apodo MOS. Soldados de asalto y espías patrullan Coruscant y mantienen sus ojos abiertos ante actividad sospechosa. Hacen comprobaciones de documentos de identificación. También se realiza dentro de mundos ocupados por el Imperio. Los gobernadores establecen los programas. Todos ellos entran en una base de datos y se realizan referencias cruzadas y se comprueban varias veces. Entonces el oficial de seguridad principal decide si poner vigilancia. Ahora tengo acceso a la base de datos. Pensaba que conocerías a MOS, Bog.

Sauro se apoyaba en su nombre, sólo un poco. Sólo para demostrar que todavía eran socios cercanos. Bog se preguntó si podría pedirle a Sauro que le llamase Gobernador.

—Oh, por supuesto —dijo rápidamente—. Sólo que no reconocí la palabra.

—Bien. De cualquier manera, tengo informes llegando diariamente, y los reviso personalmente. Cualquier pistas, te lo haré saber.

— ¿Cómo lo hiciste? ¿Conseguir acceso a la base de datos? Afrontémoslo, tu permiso debe haberse reducido casi a cero, Sano-Mano —Bog se permitió una pequeña risa.

—Ésta es una academia naval —dijo Sauro con una voz como un congelador de carbónita—. Todavía dirijo la búsqueda de cualquier adepto a la Fuerza para añadirlo a ella. Tengo una valiosa amistad con Hydra.

El nuevo Gran Inquisidor. ¿Cómo lo había conseguido Sauro? No era un tipo con el que quisieras pasar el tiempo. Pero había conseguido reunir más favores y alianzas que el propio Bog. Lo cual era una razón para mantenerle contento.

—De acuerdo, entonces. Mantenme informado. Y yo comentaré el buen trabajo que estás haciendo, la próxima vez que hable con el Emperador Palpatine —Bog no hablaba habitualmente con él en realidad. Pero estaba seguro de que lo haría, ahora que era gobernador de un importante sistema.

—Tu generosidad siempre ha sido abrumadora —dijo Sauro.

Bog se sintió alagado, a pesar de no estar seguro de que Sauro estuviese siendo sincero. —Bueno, ya sabes, la galaxia es grande. Están pasando muchas cosas. Tenemos que mantenernos en la cresta de la ola. Ayudarnos donde podamos.

—Me mantendré en contacto.

Bog sintió que Sauro estaba a punto de apagar, así que rápidamente desconectó su comunicador para que pudiese ser el que cortaba la comunicación. Entonces presionó el botón para llamar a su asistente y le pidió que descubriese por qué ese programa MOS no había sido establecido en Rosha. A menos que ya lo hubiese sido, y la nota estuviese enterrada en esos informes que seguía teniendo la intención de leer.

Hasta entonces, tenía a Sauro en ello.

## CAPÍTULO DOCE

—No he tenido suerte desde que el Emperador asumió el control —dijo Solace en voz baja a sus compañeros—. Olvidé cómo se siente.

—Se siente relucientemente bien —dijo Clive—. Eso es todo lo que sé. Es casi la hora de que nos tomemos un descanso.

Él y Astri se acucillaron con Solace en un callejón. Clive había investigado algunos viejos contactos de Coruscant. Uno de los contactos le había puesto al tanto de una red de posadas de la residencia que aceptarían a aquellos que huían del Imperio. El grupo había dejado dispositivos de vigilancia fuera de cada posada. Tres niveles por debajo del Distrito Naranja, encontraron lo que buscaban.

No era nada más que una sombra en la grabación de vigilancia. Una figura que saltó desde un edificio a cien metros de distancia, aterrizando suavemente en el tejado, entonces entró en el edificio a través de una ventana abierta. Solace había visto la imagen y había dicho Jedi con una respiración. Inmediatamente se habían dirigido hacia allí. Nadie había entrado o salido por la puerta principal, las ventanas o el tejado.

—Es hora echar un vistazo —dijo Solace—. Dudo de que pueda sorprender a un Jedi, pero si puedo acercarme lo suficientemente verán que yo también soy un Jedi. Me gustaría evitar enredarme con uno innecesariamente.

—Bien pensado —dijo Clive—. Ve tu primero.

Solace le miró alzando una ceja, luego dio un salto de Fuerza hasta un saliente a cincuenta metros de altura.

—Le encanta lucirse —dijo Clive.

Desde lo alto, Solace vio a Astri y a Clive. Esperaba que se quedasen fuera de su camino.

Desde esa posición ventajosa, espío por la ventana que había visto en el video de vigilancia. Solace saltó la distancia y entró por la ventana abierta.

Permaneció en un pasillo estrecho, escuchando la calidad del silencio. Era un truco que había afinado en incontables y tediosas sesiones en el Templo. Sólo había sido una humana. No había tenido la clase de poderes extrasensoriales que había visto en otras especies. Así que había trabajado en sus sentidos durante horas interminables. Había descubierto que su audición estaba por encima de la media, así que se había centrado en eso. Se había entrenado una y otra vez, introduciendo en la computadora miles de sonidos diferentes, poniendo el volumen más y más bajo para identificarlos, hasta que pudo oír aterrizar a una mosca en una pared a veinte metros. Concentrarse. Diferenciar. El leve zumbido de los respiraderos de control de aire, el quejido distante del elevador. Una tos detrás de la puerta 1257. Alguien girándose en una cama en el cuarto directamente frente a ella. En el cuarto de al lado, una toalla se deslizó de una barra y cayó al suelo. Fue recogido y colgada en su sitio.

Entonces oyó lo que estaba esperando.

El roce de tela áspera contra el cuero de un cinturón mientras alguien se movía. El leve e inconfundible chasquido metálico de un objeto al ser desenganchado.

Él sabía que ella estaba allí.

Solace avanzó cuidadosamente pasillo abajo, deteniéndose frente a la puerta que le interesaba. Sólo había una manera de anunciarse, una forma de hacerle saber al ser del otro lado de la puerta que no pretendía hacerle daño.

Desenganchó su sable láser, lo activó, y lo hundió en la puerta.

Un segundo más tarde, tres cosas ocurrieron simultáneamente. Un sable láser

surgió a través de la puerta desde el otro lado.

Bueno, hola, dijo ella en su cabeza.

Todavía estaba sonriendo cuando los soldados de asalto salieron a la carga desde el ascensor. En el mismo momento, Clive y Astri aparecieron en la ventana del pasillo.

— ¡Soldados de asalto! —gritó Astri.

— ¡No me digas! —gritó Solace en respuesta.

El fuego láser llenó el pasillo. Solace sacó su sable láser de la derretida puerta de metal y empezó a avanzar, su sable láser bailando. No sabía lo que haría el Jedi al otro lado de la puerta, pero un poco de ayuda sería genial. Pero no llegó nadie.

Los soldados de asalto soltaron dos droidekas en modo rueda. Ningún Jedi quería enfrentarse con un droideka. Eran difíciles de derribar, y su fuego láser de doble cañón podía darle incluso a un Jedi un dolor de cabeza de batalla. Solace se apartó de un salto, tratando de encontrar una forma de sobrepasar los escudos deflectores sin ser volada en pedazos.

Otro soldado de asalto lanzó rodando una granada hacia ella. Solace la pateó de vuelta con un pie mientras saltaba para acabar con el droide buscador sobre su cabeza. Más tropas de asalto salieron del ascensor. La granada explotó, enviando a tres de ellos por los aires.

Ciertamente tenía las manos ocupadas.

Muchas gracias, quienquiera que seas, pensó Solace. Obviamente el Jedi había escapado de la habitación a través de la ventana.

Bien, la galaxia había cambiado, y los Jedi restantes habían cambiado con ella. Ahora cada Jedi tenía que cuidar de sí mismo.

¿No era eso lo que ella le había dicho a Ferus?

Un espasmo de fuego láser llegó un poco cerca para su comodidad. Su mente de batalla se había distraído por un momento. No era propio de ella empezar a pensar en mitad de una batalla. Eso podría ser mortal.

De repente un alto varón humano salió del turboascensor. Solace no le vio la cara, escondida en las sombras de una capucha. Pero su trabajo con el sable láser era extraordinario. Ahora los soldados de asalto estaban rodeados, y Solace y el misterioso Jedi se movieron como un equipo. El Jedi alto estaba obviamente familiarizado con los droidekas. Cargó, su sable láser trazó un arco giratorio, y con hábil precisión les golpeó en un punto vulnerable que Solace no había sabido que existiese, debajo de su coraza, cerca de sus motores repulsoelevadores.

El Jedi saltó sobre los soldados de asalto restantes y aterrizó a su lado. Ella tuvo una rápida impresión de ojos de cromo, piel pálida, y una cara melancólica.

El sacudió su barbilla hacia la ventana del pasillo, donde Clive y Astri se había resguardado bajo un umbral.

Ella leyó su intención sin palabras. Era hora de salir de allí.

Corrieron juntos por el pasillo, todavía desviando el fuego de los soldados restantes. Solace les hizo señales a Clive y a Astri, los cuales saltaron de la ventana, usando sus cables de ascenso. Solace y el Jedi les siguieron. Aterrizaron en el tejado de al lado y corrieron a través de él, esquivando respiraderos y escombros.

El Jedi tomó la delantera. Era obvio que había planeado una ruta de escape. Les condujo hasta un eje vacío de turboascensor que tenía una pequeña puerta en el tejado. Usando sus cables de ascenso, Astri y Clive descendieron por el eje. Solace y el Jedi saltaron.

El Jedi alto les llevó a un nivel de servicio del edificio, donde se encontraban la lavandería y el almacén. Corrieron por un serpenteante laberinto de pasillos que eran como túneles. Quitó una rejilla de la pared y les indicó que entraran rápidamente.

Gateando, siguieron la tubería hasta que él señaló hacia arriba. Solace quitó la rejilla. Salieron a un callejón poco familiar.

Manchados de herrín y barro, los cuatro se miraron unos a otros. El Jedi no dijo nada. Solace no le reconocía. Vio ahora que su pelo era blanco y cortado al cero. A pesar de su gran tamaño, se movía con gracia.

— ¿No vas a presentarte? —preguntó Solace.

—Ry-Gaul —dijo él. Su voz era baja y más suave de lo que había esperado.

—Mi nombre como Jedi era Fy-Tor Ana —dijo Solace—. Ahora soy Solace.

— ¿Hay otros? —preguntó Ry-Gaul—. He estado solo.

—No muchos —dijo Solace—. Ferus Olin contactó conmigo. Está intentando reunir a cualquier Jedi que siga vivo. Él era...

—El aprendiz de Siri Tachi —La cara de Ry-Gaul experimentó un cambio. Las severas líneas se suavizaron. Era casi una sonrisa, pero no completamente—. Ferus —dijo él—, Estuve con él en varias misiones. Con mi Pádawan, Tru Veld.

Solace asintió. Ella nunca había seguido la pista de los Pádawans. Ella había escogido no tomar un aprendiz. Pero Ferus había mencionado a Tru Veld. Había sido un amigo. Ferus había encontrado su sable láser en el Templo.

— ¿Sabes algo de él? —preguntó Ry-Gaul, su tono repentinamente urgente.

—Sé que está muerto —dijo ella—. Lo siento —No era propio de ella decirle a alguien que lo sentía por algo con lo que no tenía nada que ver. Pero algo acerca de este gran hombre de pocas palabras le hacía ser un poco más educada de lo que era normalmente.

Ry-Gaul inclinó su cabeza. —Es lo que esperaba. Pero es duro escucharlo.

Solace acercó su cabeza a él. —De todos los seres del universo, creo que soy uno de los pocos que puede decir que sé cómo te sientes.

## CAPÍTULO TRECE

Ferus no sabía si funcionaría. Pero apartó la duda de su mente. Si se preguntaba si funcionaría, no lo haría.

Se volvió hacia los soldados de asalto. —Podéis dejarme aquí. Puedo encontrar el camino yo sólo.

El soldado de asalto se volvió hacia los otros. —Podemos dejarle aquí. Puede encontrar el camino él solo. — ¿Era realmente tan simple? Era simple. Era cuestión de creencias.

Alcanzar el punto en el que era simple, eso era lo difícil.

Ferus no abusó de su suerte. Avanzó rápidamente camino abajo, entonces dio media vuelta para cruzar la guarnición por la parte posterior, donde su perímetro estaba más cerca de la calle. Rápidamente cruzó hasta una concurrida avenida. Esperaba ser detenido de un momento a otro. En lugar de eso fue capaz de perderse entre la multitud.

No le seguían; estaba seguro de eso. Caminó por las calles familiares. A pesar de que estaba preocupado, cansado y consumido, sintió como algo en él se elevaba. Simplemente por estar recorriendo esas calles, sin escolta. Simplemente por ser él mismo, sin importar por cuanto tiempo.

Antes de que ambos se hubiesen marchado a las Guerras Clon, él y Roan habían hablado sobre lo que harían si se separaban, si Bellassa fuese invadida, si... Había tantos sies en aquellos días, pensó Ferus. Pero ni si quiera tantos como ahora. Así que habían establecido varias áreas dentro y alrededor de Ussa para un encuentro, entonces le asignaron a cada lugar un código. También escogieron varios lugares de la ciudad y varios métodos para alertarse. Ferus no había olvidado ninguno de ellos.

Roan le había indicado que fuese a su tercer lugar secreto de reunión, en el Distrito del Lago Nublado, cerca de su antigua oficina. Era un café grande y bullicioso. Ferus entró, manteniendo su capucha cuidadosamente sobre su cara para no ser reconocido. Conocía perfectamente ese café. Roan lo había escogido sin duda porque siempre estaba abarrotado, y tenía tres entradas y salidas.

Roan estaba esperando.

Ferus siguió moviéndose, pero sus ojos se empañaron y era difícil ver. El café estaba lleno, y era un remolino de color y movimiento, de sonido que golpeaba sus oídos en un rugido continuo. Se sentía abrumado por la sensación. Era su hogar, y allí estaba Roan, esperando. Durante un momento imposible fue como si nada hubiese cambiado.

Esa no era la forma en la que se suponía que un Jedi veía u oía. Esa no era la forma en la que se suponía que un Jedi sentía. Un Jedi no debería querer regresar. Un Jedi debería aceptar donde estaba. Era consciente de Dona en una mesa cercana. Eso le ayudó a estabilizarse. Fue capaz de examinar la sala, buscar salidas y estrategias por si eran descubiertos. Sólo entonces miró hacia atrás y sintió el placer de ver a Roan de nuevo.

Se sentó en la mesa. —Fue tan extraño verte aquí sentado.

Roan sabía exactamente lo que quería decir. —Como si nada hubiese cambiado.

—Cuando ha cambiado todo.

Los ojos tristes de Roan eran los mismos ojos gris-verdosos. Estaba más sano día a día. Los procedimientos de tortura que había experimentado en la prisión imperial no le habían cambiado como Ferus había temido que lo harían.

— ¿Y Trever? —preguntó Ferus.



—Está bien. Está aquí, en Bellassa.

Ferus asintió. El alivio que sintió hizo que sus piernas flaqueasen.

—Llegó a la base en una nave nueva, pensando que le daríamos la bienvenida con los brazos abiertos. Bueno, le dimos la bienvenida.

Ferus sonrió. —Al menos regresó.

—Eso es lo que dijo él.

Roan dejó que pasara un momento, un momento de silencio compartido. Sus manos descansaban sobre la mesa, una mano sobre la otra, de un modo que sólo Roan sabía.

— ¿Por qué me llamaste? —preguntó Ferus. No sabía cuánto tiempo tenían, pero no era mucho.

—Los Once están preocupados con tu papel en Bellassa —dijo Roan—. El sentimiento en Ussa va contra ti. Me doy cuenta de que para ti eso es una consideración secundaria. Pero es un golpe para el movimiento de resistencia. Y hemos tenido muchos de esos últimamente. ¿Estás descubriendo algo que podamos usar?

—Todavía no —admitió Ferus—. Me tienen atado con correa cortísima. Pero he echado un rápido vistazo a los archivos del cilindro de códigos de Vader. Hay algo allí llamado Crepúsculo que quiero investigar. Una operación a gran escala. Y entonces está la cuestión de la remodelación de las fábricas aquí en Ussa. ¿Qué está pasando realmente con eso?

— ¿Están relacionados?

—Podría ser, pero no lo creo. Crepúsculo tiene todos los signos de una operación de emboscada, como la Orden 66. Los planes aquí involucran algo muy grande, algún tipo de tecnología que el Imperio está desarrollando que es tan secreta que sólo unos cuantos altos cargos están al tanto.

— ¿Quién? ¿Vader?

—Vader, para empezar. Moff Tarkin, también.

—Tarkin. Es un tipo vil. Parece tener sus dedos en muchos pasteles —Roan pensó un momento—. ¿Puedes meternos donde guardan los registros?

—No lo sé. Tendré que hacer alguna investigación primero.

—Tendrían que conservar alguna clase de archivos en la propia fábrica. Al principio de una operación, las cosas pueden estar desordenadas, los sistemas no están en su sitio, la cadena de mando no está realmente establecida. Tendríamos que entrar, probablemente de noche, y fisgonear.

Ferus asintió. —Si descubrimos lo que es, estoy listo para dejarlo. He acabado.

— ¿Ya te has cansado de la compañía de Vader?

Hizo una mueca. —Si podemos dejar al descubierto lo que están haciendo aquí, las sospechas recaerán sobre mí. No me confiarán nada después de eso. Y si puedo escapar y pasar a la clandestinidad aquí en Bellassa...

—Eso les avergonzaría —asintió Roan—. Creo que has invertido bastante tiempo.

—Es sólo que... Crepúsculo. Sea lo que sea. Necesito averiguarlo.

—Hay otras formas. No tienes que estar en el bolsillo de Vader. Puede que nunca te den la autorización para descubrir nada significativo de todas formas.

—Eso es lo que pensé. Pero... si dejo de trabajar para el Imperio, no puedo quedarme en Bellassa. Tendré que regresar a la base durante algún un tiempo. Luego saldré y buscaré a más Jedi.

—Lo sé —dijo Roan—. Me alegro de que lo menciones. Finalmente he visto tu base secreta, y ¿puedo decirte esto? Necesitas ayuda.

Ferus dejó que las implicaciones ahondasen en él. Sabía lo que quería decir. Roan se estaba ofreciendo a ir con él.

—Siempre dijiste que tu trabajo estaba aquí, en Bellassa.

—Mi trabajo es ayudarte —dijo Roan—. Si eso significa ayudar con tu alocado plan de encontrar a los Jedi, lo haré. Ahora somos parte de la misma lucha. Soy reemplazable aquí en Bellassa. Hay otros que pueden ocupar mi lugar. Tú necesitas ayudar allí. Estoy de acuerdo con esta Flame en lo que se refiere a una cosa: Tenemos que mirar hacia una resistencia galáctica. Es la única forma. No podemos hacerlo sólo en un planeta. Tarde o temprano, lo que estás haciendo se conectará con lo que se está haciendo en otro sitio.

—Eso espero —dijo Ferus—. Me alegro de que vengas.

—Voy. Pero primero hagamos aquí lo que podamos. Contacta conmigo cuando se te ocurra una forma de entrar. Formaré un equipo.

Se levantaron. No podían arriesgarse a quedarse allí mucho más. Ferus sintió de nuevo la soledad enroscándose en su corazón. Había tantas cosas de las que quería hablar con Roan, y no podía. No sólo sobre logística, sino sobre sentimientos. Una cosa sobre la guerra, nunca había tiempo suficiente.

Un rápido apretón del antebrazo del otro en su viejo saludo, una mirada en los ojos del otro, y Ferus se giró y se fue.

## CAPÍTULO CATORCE

Keets se derrumbó sobre un banco, respirando con dificultad. — ¡Yo no... me apunté... a la resistencia... para ser —echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un soplo de aire— una niñera!

—Es todo un elemento —dijo Curran mirando a Lune cariñosamente.

Estaban sentados en un pequeño parque en el nivel más alto de Coruscant, cerca del Distrito del Senado. Lune había suplicado ir jugar, y el Distrito Naranja no era apropiado. Astri le había dado permiso a regañadientes. Ella había querido que Lune tomara un poco el sol, a pesar de sus preocupaciones. Él había estado en un asteroide sin luz durante semanas.

Keets y Curran habían optado por un barrio popular con familias para que pudiesen perderse entre la multitud. — ¿No podemos conseguir un droide para este trabajo? —se preguntó Keets—. ¿Alguna Niñera Clase Tres con una buena disposición?

—Dex nos pidió que lo hiciéramos —dijo Curran—. Además, un droide no se mantendría alerta por si apareciesen soldados de asalto.

—Probablemente ese niño también podría programarlo —dijo Keets—. Probablemente ese niño podría hacer cualquier cosa que pasara por su mente.

Observaron como Lune se unía a un juego que algunos niños y niñas habían improvisado en una de las instalaciones del campo de juegos, un lago tobogán de energía hecho de plastoide que lanzaba chorros de aire para acelerar el descenso. El grupo se había puesto en fila ante los diversos toboganes y estaban corriendo para ver quién podía llegar abajo más rápido. Las risas llegaron hasta Keets y Curran.

—Vamos —dijo Curran—. Esto tiene que hacerte sonreír incluso a ti.

—Los niños no me vuelven loco —dijo Keets—. Puede que ya no sea un periodista galácticamente famoso, puede que tenga que mendigar y apartarme de cada farola que vea, y puede que esté viviendo con un antiguo dispensador de estofado de bantha, pero no he caído tan bajo.

—Eres un humano muy cínico —dijo Curran serenamente.

Keets puso un brazo sobre el banco y miró hacia una estatua imponente del Emperador Palpatine. —La Ciudad Galáctica solía ser un lugar medianamente bonito.

—Querrás decir Ciudad Imperial —le corrigió Curran.

—Nunca la llamaré así —contestó Keets—. El Emperador Palpa-basura puede renombrarla, pero no tengo por qué escucharle. Oye, ¿qué se trae ahora entre manos ese niño? —preguntó Keets mirando a Lune.

El niño había abierto el panel de control del tobogán de energía y estaba haciendo unos ajustes.

— ¿Deberíamos...? —dijo Keets.

Curran sacudió la cabeza, sonriendo abiertamente. —Yo digo que sólo observemos.

Lune subió la rampa hasta la misma cima del tobogán. Se colocó delante de los propulsores. El sensor captó su presencia, y un chorro de aire le lanzó directamente por los aires. En lugar de aterrizar, Lune permaneció allí.

Keets se quedó con la boca abierta. Curran se levantó a medias.

Lune dio una voltereta en el aire. Miró hacia abajo, a los otros niños con sus caras alzadas y sacó la lengua.

—Curran —dijo Keets a modo de advertencia.

—Él está bien —dijo Curran. Se había relajado de nuevo en su asiento.

—No me refiero a eso —Keets le dio un codazo y señaló.

Una brigada de soldados de asalto en patrulla cruzaba la calle.

— ¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Curran. Su peluda cara, normalmente del color de una semilla tostada, palideció.

—Si corremos hacia él, sólo atraeremos su atención —dijo Keets—. No se fijarán. Nadie se fija en los niños.

Lune aterrizó en fondo del tobogán, entonces subió otra vez.

Los otros niños gritaron con alegría, dando palmadas.

El soldado de asalto en cabeza alzó la mirada.

—Oh-oh —dijo Keets sin aliento.

Lune bajó por el tobogán, cogió otro chorro de aire, y lo usó con la Fuerza para saltar aun más alto. Aterrizó encima de una terraza vecina, luego usó la inercia para bajar de un salto otra vez y aterrizar delante de los niños entusiasmados.

Keets sólo podía ver los cascos en movimiento de los soldados de asalto mientras rastreaban a Lune.

—Cojámosle —dijo Keets.

Caminaron hasta Lune. Keets habló en bajo. —Hora de irse, chaval.

— ¡No! —gritaron todos los otros niños—. ¡Enséñanos cómo lo hiciste!

— ¡Lo siento! —Curran trató de liberarse de la multitud de niños.

El escuadrón de soldados de asalto comenzó a dirigirse hacia ellos.

Keets excavó en su bolsillo y sacó la bolsa de dulces que le había comprado a un vendedor. Los lanzó al aire. — ¡Divertíos!

Los niños se dispersaron, persiguiendo los caramelos. Keets empujó a Lune hacia adelante. Curran le flanqueó, y rápidamente le sacaron del campo de juego. Tomaron la primera calle que encontraron, luego la siguiente, y la siguiente, hasta que se perdieron entre la multitud y supieron que no les habían seguido.

Se miraron el uno al otro sobre la cabeza de Lune. Apenas tenía importancia que hubiesen escapado. Lune había sido descubierto.

## CAPÍTULO QUINCE

Ferus regresó sigilosamente a la guarnición y se dirigió a la habitación que le habían asignado. Se sentó en la silla, pensando.

Conductos y componentes modulares para atmósferas artificiales en una escala sin precedentes.

Ferus sabía que las atmósferas artificiales podían significar cualquier cosa. Podría ser una pequeña ciudad o una nave grande o un edificio. ¿Estaba construyendo el Imperio una prisión descomunal? ¿Un nuevo cuartel general?

Un cuartel general no, pensó Ferus. El Emperador había reformado el Senado a su gusto. No tenía necesidad de un nuevo cuartel general. Y además, tal proyecto no tendría que ser secreto.

Una escala sin precedentes...

A Ferus no le gustaba cómo sonaba eso.

Durante los siguientes tres días, Ferus fue escoltado a la fábrica junto con los científicos. Las fábricas bellassanas habían combinado siempre sus laboratorios de investigación con sus instalaciones de manufacturación en el mismo complejo, así que los científicos ya tenían algunos recursos para empezar. Ferus se encontró con las serviles tareas de comprobar una por una las entregas de diversos suministros a los laboratorios, como puertos de datos y duraláminas. Puesto que no había comenzado nada clasificado, los reporteros de la HoloRed tenían libre acceso.

Ferus era presentado como un "facilitador", lo que quería decir que asistía a reuniones en las que no se decidía nada para aparecer en más reportajes sobre el asombroso Imperio y lo que podría lograr en Bellassa. No se mencionaba en ninguna parte en lo que los científicos estaban trabajando, excepto en los términos más ambiguos.

Al menos en su posición era capaz de observar. Reparó en que Moff Tarkin solía entrar a menudo en una oficina particular, donde los oficiales superiores se sentaban delante de consolas de ordenador. Supuso que estarían estableciendo programas y estructuras organizativas. Llevaron a un equipo de apariencia nerviosa de arquitectos bellassanos, sin duda para "facilitar" la conversión.

Ferus trató de encontrar una forma para estar a solas con los científicos, pero les vigilaban muy de cerca. Podía sentir el sufrimiento de algunos de ellos, pero podía ver que algunos otros se habían ofrecido voluntarios para esta misión. Un científico de Eriadu parecía especialmente ansioso por impresionar a Tarkin. La mujer de cara triste con la túnica color Burdeos se mantenía apartada, pero su sufrimiento era como una nube a su alrededor.

La única esperanza de Ferus era colarse en esa habitación.

En la tercera tarde, estaba empezando a desesperar cuando, de camino a la salida con una tropa de oficiales, vio al cuidador de la fábrica conduciendo un carro repulsor. Ferus hizo una pequeña señal de reconocimiento, pero el cuidador volvió su cabeza.

Desconcertado por su reacción, Ferus salió con los oficiales hasta el muelle principal de atraque. Estaba vacío.

—Se suponía que la nave estaba aquí esperando —dijo el oficial superior, molesto. Sacó su comunicador—. ¿Cuál es el estado del transporte de vuelta a la guarnición? —ladró.

—Hubo un cierre de todo el tráfico aéreo mientras realizaban el viaje de prueba de las naves de suministros por la ruta de Despayre —dijo una voz.

— ¡Mande una nave aquí, ahora! —ordenó el oficial de mal humor.

Despayre. Ferus había oído ese nombre antes, cuándo había estado en el planeta prisión imperial en el Borde Exterior. Los prisioneros habían trabajado en una enorme fábrica. Nunca supieron en lo que estaban trabajando, pero había descubierto que las partes se enviaban a una instalación en Despayre.

Era demasiada coincidencia. ¿Era eso una pieza del puzzle?

La mirada de Ferus vagó hasta las puertas translúcidas en un extremo de la plataforma. Llevaban al jardín desierto.

—Esperaré allí —le dijo al oficial, el cual puso una mueca pero asintió.

Ferus pasó la mano sobre el sensor y entró en el jardín. Un momento después, se abrió otra puerta, y, tal como había esperado, el cuidador entró. No miró a Ferus sino que puso sus herramientas en el suelo inmediatamente y se arrodilló para arrancar las malas hierbas alrededor de un grupo de plantas sensibles.

—Me alegro de que le dejan cuidar del jardín —dijo Ferus, colocándose detrás de él.

El cuidador no alzó la mirada. — ¿Ellos? Me parece ahora eres uno de ellos.

Ferus no pudo evitar reconocer el desprecio en el tono del hombre.

—No te reconocí al principio —continuó el cuidador, sus manos en el suelo mientras arrancaba cuidadosamente una mala hierba—. Ahora sé quién eres. Luchaste contra ellos, los desafiaste y les hiciste quedar como tontos. Y ahora eres uno de ellos.

Ferus tomó aire, considerándolo. No estaba llegando a ninguna parte. Tenía que encontrar una manera. Tenía que confiar en alguien.

El cuidador se puso en pie, sacudiendo sus pantalones. —Éramos un mundo único. Resistimos hasta el último hombre, mujer, y niño. No podían encontrar a sus espías aquí, a sus traidores. Te protegimos a ti y a todos los Once, incluso cuando llegaron a ser cientos. Cada familia tenía a alguien trabajando para la resistencia. Tal vez... —el cuidador miró firmemente a sus flores, nunca a Ferus, y sacudió la cabeza—, tal vez sólo fuiste el primero en caer. Pero eso no significa que tenga que ser cortés contigo.

—No espero cortesía —dijo Ferus—. Simplemente honradez. Y tal vez... ayuda.

—No tengo ninguna ayuda que darte.

Ferus se inclinó y colocó cuidadosamente su mano cerca de un pequeño lagarto que estaba sentado sobre una hoja. Éste se deslizó lentamente encima de su palma. Verde brillante, parpadeó mirándolos. Ferus llevó al lagarto hasta una flor naranja brillante y lo colocó allí. La piel del lagarto comenzó a sonrojarse. Su pigmento cambió hasta que resplandeció del mismo color llamativo que la flor. La transformación fue tan completa que ahora era imposible distinguir al lagarto. Había desaparecido contra la flor.

Ferus miró firmemente al cuidador. —Parece una flor —dijo—. Pero el lagarto sigue siendo un lagarto.

Vio que el cuidador sabía lo que estaba tratando de decirle sin palabras. El lagarto podía cambiar su piel, podía mezclarse, para sobrevivir. Al igual que Ferus. Pero eso no le hacía parte del Imperio.

— ¿No desearía —dijo Ferus—, saber lo que están haciendo aquí?

El cuidador no dijo nada durante un largo rato. Entonces se inclinó para arrancar una mala hierba. —Sé que hay droides que hacen este trabajo —dijo él—. Pero no confío en que lo hagan bien. Los droides pueden funcionar mal.

Ferus asintió. —Ocurre todo el tiempo.

—Incluso los droides de seguridad. Pueden desconectarse sin razón, durante quince minutos cada vez. Me lleva todo ese tiempo reiniciar el sistema. —lanzó una mala hierba a su cesta—. Me tienen a cargo de la seguridad, principalmente porque no

hay nada que robar, hasta ahora, estoy en el extremo este de la fábrica. Se está tranquilo allá abajo. Sólo monitoreo el sistema de seguridad. Al rededor de las tres de la mañana, estoy tan cansado incluso para hacer mis rondas.

Recogió sus herramientas. —Tienes que coger trabajo donde puedas conseguirlo en estos días. Simplemente mantengo mi cabeza agachada y no armo jaleos. Por nada.

—Buena política —Ferus miró hacia el muelle de carga mientras un transporte comenzaba a aterrizar—. Bien, será mejor que me vaya.

—Me llamo Russell —dijo el cuidador. Le miró por primera vez—. Encantado de conocerte, Ferus Olin.

Flame se encontraba con Wil, Amie, Trever y varios miembros de los Once cuando Roan y Dona regresaron a la casa refugio.

—Esto es asombroso —le dijo Amie cuando entró—. Flame tiene enormes recursos. Sus ideas sobre formar una red de resistencias planetarias son muy detalladas.

—Puedo volver sobre lo que te has perdido, si quieres —le dijo Flame a Roan.

—Lo siento, no tengo tiempo. Necesito pedirte que salgas durante algunos minutos.

La autoridad de Roan era absoluta, y nadie le cuestionó. Flame se levantó y caminó hacia la puerta, pero vaciló. —Puedo ayudar —dijo ella—. Sea lo que sea, puedo ayudar.

—Éste es un asunto bellassano —dijo Roan.

—Pero la cuestión es que no es simplemente un asunto bellassano —dijo Flame. Enlazó sus manos y las sostuvo en alto—. La resistencia de cada planeta debería ser parte de la siguiente, y así sucesivamente.

—Ella tiene razón, Roan —dijo Amie.

—Aprecio tu filosofía —dijo Roan—. Es un tema para el debate. Pero ahora mismo necesito una reunión privada.

Flame asintió y salió por la puerta.

— ¿Por qué has tenido que hacer eso, Roan? —exclamó Trever—. ¡Ella puede ayudar!

Roan le dedicó una mirada que le hizo callar. —Esto es demasiado importante para arriesgarse, Trever. Ferus ha contactado conmigo.

—Tal vez no deberías confiar en Ferus —dijo Trever acaloradamente.

—Tuvo que mandarte lejos, Trever —dijo Roan.

—Esto no va sobre eso.

—Pensó que te estaba protegiendo. Fuiste el primero por el que me preguntó cuando me vio —la voz de Roan era suave—. Si la confianza fuera fácil, no sería tan valiosa. Piensa en el hombre que conoces, y pregúntate si podría traicionarnos.

Trever no podía mantener la mirada Roan. Agachó la cabeza. Se sentía avergonzado. Había tanta confianza en ese cuarto que fue capaz de conectar con ella de nuevo.

Wil y Amie miraron a Roan. — ¿Qué ocurrió? —le preguntó Wil.

—Ferus contactó conmigo. Es esta noche —dijo—. Tiene algún tipo de contacto en la fábrica que nos ayudará.

—Bien —dijo Wil.

—La pregunta es, ¿quiénes deberían ir? Sólo tenemos una ventana de quince minutos. El contacto de Ferus desconectará la seguridad a las tres de la mañana. Podríamos ampliar esto a más miembros de los Once, pero llevaría tiempo establecerlo. Creo que un equipo de tres personas es lo adecuado. Podemos explorar más de ese

modo. Atacaremos el sistema informático y registraremos la oficina central. Wil, tu estás fuera por tu lesión. Y, Dona, no hay nadie que me gustaría más que vigilase mi espalda, pero no tienes experiencia con esta clase de cosas. Así que ¿alguien quiere ofrecerse voluntario?

Todo el mundo alzó una mano. Incluso Dona.

Roan sonrió y se recostó. —Todo lo que puedo decir es que es bueno estar de vuelta en Bellassa.

—Yo debería ir —dijo Trever—. Sé cómo trabajar con Ferus. Sé lo que piensa, y lo creáis o no, puedo obedecer órdenes.

—Yo quiero ir —dijo Amie—. Tengo el historial más científico. Si somos lo suficientemente afortunados de acceder a los archivos informáticos, puedo traducir cualquier lenguaje técnico.

Amie y Roan miraron a Trever.

—No digáis que soy demasiado joven, porque eso siempre me pone en modo cañón láser a gran escala —dijo Trever—. Además, soy mejor en entrar y salir a escondidas de lugares que todos vosotros juntos.

—No puedo discutir eso —dijo Roan.

—De acuerdo, está decidido —dijo Wil—. Roan, Amie, y Trever. Esta noche.



## CAPÍTULO DIECISÉIS

Vestido con sus ásperas ropas de viaje, Ry-Gaul se parecía a los incontables otros, seres desarraigados por las Guerras Clon y por la toma de control Imperial que buscaban un lugar al que llamar hogar otra vez. Pero mientras ella caminaba a su lado, Solace podía sentir el poder de la Fuerza.

—¿Cómo escapaste de la Orden Sesenta y Seis? —preguntó Solace.

—Estaba en una misión secreta —dijo él—. Sólo Yoda lo sabía. Estaba en un mundo del Borde Exterior, a cubierto. Dejé a Tru Veld en el Templo. Él estaba trabajando en un valioso proyecto de investigación.

—El Templo fue invadido —dijo Solace—. Mataron a todo el mundo.

Ry-Gaul cerró los ojos un momento. —Pensé que estaría más seguro en el Templo. Si hubiese venido conmigo, estaría vivo.

—No hay que lamentar las decisiones, sino entenderlas —dijo Solace. Las palabras familiares de un dicho Jedi sonaban tranquilizadoras en su boca.

—Escuché las mentiras que el Imperio extendía sobre los Jedi un día en una cantina —dijo él—. Me di cuenta de que todo el mundo que conocía estaba muerto —bajó la mirada hacia sus enormes manos blancas—. Quise volver a Coruscant inmediatamente, pero casi me atrapan en un punto de control mientras intentaba llegar hasta allí. Una pareja, un hombre y su esposa, me rescataron. Me llevaron de vuelta a su planeta natal y me ofrecieron un lugar donde quedarme. Eran científicos. Me encontraron una nueva identidad, y me preparaba para marcharme otra vez cuando desaparecieron. Los he estado buscando desde entonces.

—Bueno, has atraído la atención del Imperio —le dijo Solace.

—Lo sé. Pero no podía dejar de buscar. Cuanto más buscaba, más me exponía. Otros científicos están desapareciendo. Algunos van voluntariamente. Otros parecen haber sido forzados. Y estoy seguro de que el Imperio está detrás de todo esto.

—Les están usando para algo —dijo Solace, mirando a los demás—. Tenemos que contárselo a Dex.

—Ferus también debería saberlo —dijo Clive—. Podría ayudarle en Bellassa.

—Estamos cerca del Distrito Naranja —dijo Solace—. Allí estarás a salvo.

Cogieron un turboascensor y descendieron cien niveles hasta el Distrito Naranja. Pasaron rápidamente por los pasajes, tomando las calles más pequeñas. Se acercaron al largo y serpenteante callejón donde estaba ubicada la casa refugio de Dex.

—Mira, allí está Lune —dijo Astri, con una oleada de felicidad iluminando su voz.

Empezó a avanzar hacia el grupo. Solace se tensó. Ella notó que Curran y Keets tenían cuidado de mantenerle delante de ellos, escudándole de la calle. En lugar de meterse en el callejón, fueron hacia la izquierda.

—Astri, espera —dijo Solace—. Algo va mal.

Era una regla definitiva que alguien que sospechaba que era seguido no debía entrar en el callejón. Eso podría exponer la casa refugio de Dex.

Preocupada, Solace se separó del grupo y aligeró el paso.

Llegó demasiado tarde.

Los soldados de asalto salieron precipitadamente de un aerodeslizador sin marcas y lanzaron al aire droides buscadores con blasters. El fuego láser atrapó a Curran, el cuál cayó al suelo. Keets se giró, abrazando fuertemente a Lune contra su pecho. Solace saltó hacia el aerodeslizador, con el sable láser en alto.

Detrás de ella pudo sentir a Ry-Gaul moviéndose. Sabía que estaba colocándose para cubrir su flanco.

Pero estaban muy lejos, y era demasiado tarde. Keets fue superado por los soldados de asalto. Se llevaron a Lune de un tirón. El niño no hizo ni un ruido.

Fueron los gritos de angustia de Astri, de rodillas, los que hendieron el aire mientras Lune desaparecía en el abarrotado cielo.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Ferus esperaba junto a la pared del jardín. No pasó mucho tiempo hasta que tres formas se materializaron saliendo de la oscuridad. Roan, Trever, y Amie.

—Te tomaste tu tiempo para encontrarme de nuevo —le dijo a Trever. Apretó los hombros del chico, contento de verle tan bien.

—Eres tu el que sigue desapareciendo —Trever se sintió mejor, sólo por ver a Ferus una vez más. No podía creer que hubiese sospechado de él. Una sospecha había llevado a otra hasta que su mente estuvo repleta de dudas. No sabía cómo había empezado, pero se alegró de que hubiese acabado.

—Esta puerta —dijo Ferus, abriendo la marcha.

Tan pronto como estuvieron dentro, Ferus les llevó a la oficina central donde había visto a Moff Tarkin. Entonces señaló las salas de reunión de los científicos y los laboratorios.

—Me encargaré de los laboratorios —dijo Amie.

—Voy a revisar el ordenador del hangar —dijo Trever—. Los registros de vuelo podrían decirnos algo.

—Yo probaré con el ordenador principal —dijo Roan—. Vamos, Ferus.

Era como en los viejos tiempos. Ferus y Roan tecleando bajo presión, intentando seguirle la pista a los secretos. Una vez habían sido de deshonestas corporaciones multisistema, y ahora eran de un imperio del que estaban seguros que ahogaba la vida y el corazón de la galaxia.

—Voy a teclear Despayre y ver lo que consigo —dijo Roan—. Después de que lo mencionaras, lo investigué pero no encontré mucho. Planeta del Borde Exterior, en el sistema Horuz, una colonia penal... una curiosa falta de información real.

—Voy a echarle un vistazo a los archivos de Tarkin, a ver si puedo acceder a algo —dijo Ferus.

Durante largos segundos sólo se escuchó el sonido de las teclas y los botones.

De repente, Roan silbó. Ferus conocía ese silbido. Roan estaba ocupado sacando su datapad.

—Eso probablemente tiene un mecanismo de seguridad —le advirtió Ferus—. Si intentas descargar información, se borrará a sí mismo.

—Desactivado. ¿No recuerdas lo bueno que soy en esto? —Roan sonrió abiertamente mientras hojeaba los datos—. Esto es interesante... tengo un memorándum de Tarkin para el gerente de la fábrica diciéndole que se salte las medidas normales de seguridad para cualquier trabajador. Podemos hacer pública esta información y abrir un gran agujero humeante en su “estamos aquí para la mejora de la basura espacial de Bellassa”.

Ferus devolvió la atención a su propia búsqueda. —El sistema de entrega de armas —dijo—. Deben estar trabajando en eso. Tengo órdenes de droides ingenieros de alto rendimiento... Whoa, un cargamento de Loquasin y Titroxinato —hizo una pausa—. Algunos de estos memorándums se le han reenviado a ZA.

—¿Amigo tuyo?

—Sólo hay una ZA. Jenna Zan Arbor. Criminal galáctico y rival cruel de utilidad general.

—Suenan a que están trabajando en armas así como en infraestructura. Eso va completamente en contra de lo que dijeron.

—Con etiquetas falsas... todo está oculto.

Justo entonces entró Amie. —Nos quedan aproximadamente cuatro minutos más —dijo ella—. Estoy averiguando algunas cosas extrañas. No es tanto en lo que están trabajando sino la escala a la que lo hacen. Como si estuviesen planeando asumir el control de todo un planeta y rehacer su infraestructura o algo por el estilo...

—Échale un vistazo a esto —dijo Ferus, moviendo la pantalla hacia ella.

Ella lo leyó rápidamente. —Esto es similar a algunos de los métodos que han usado en víctimas de tortura, incluido Roan —dijo ella—. Completamente en contra de las leyes que promulgó el Senado hace generaciones.

—El Emperador no cree en seguir las reglas —dijo Roan—. Deja que el Senado las promulgue y después las ignora. Es una versión conveniente de democracia.

—Y todo es por el bien de la galaxia, ¿recuerdas? —dijo Ferus—. Será mejor que salgamos de aquí. Ya es la hora. Creo que tenemos bastante. ¿Dónde está Trever?

—Tarde, como siempre —dijo Roan, apagando el ordenador—. Encontrémonos con él en la puerta.

Corriendo ahora, con la sensación del crono consumiendo el tiempo, alcanzaron la salida, pero allí no había nadie.

Roan dejó salir un sonido exasperado. Ahora les quedaba menos de un minuto. ¿Dónde estaba Trever?

## CAPÍTULO DIECIOCHO

Trever no descubrió nada en el ordenador del hangar. Él no era tan ingenioso como Roan. Había aprendido un par de técnicas de hacker de Ferus, pero no era un experto.

Así que hizo lo que mejor sabía: fisgonear. En su experiencia, la información no solía estar escondida en ordenadores. Estaba tras la siguiente esquina del pasillo, o detrás de una puerta cerrada.

Sólo tenía diez minutos, pero podía cubrir mucho terreno en diez minutos. Trever avanzó pasillo abajo, asomándose a oficinas y laboratorios, buscando algo. Él no sabía lo que era, pero lo sabría cuándo lo encontrara.

Giró en una esquina y se detuvo. Ahora estaba en el extremo opuesto del complejo de la fábrica. Debería estar desierto. Pero sus sentidos le decían otra cosa. No era como si oyese algo o viese algo. Sentía algo.

Sacudió la cabeza. ¿Estaban empezando esas bobadas de la Fuerza a surtir efecto en él? No, no era eso. Eran sus instintos callejeros. Confiaba en ellos tanto como Ferus-Wan confiaba en su Fuerza.

Se detuvo y contuvo el aliento. Cerró los ojos.

Whoosh, ah. Whoosh, ah.

Bien, éste no era su día de suerte. Darth Vader. Justo lo que necesitaba.

Retrocedió, moviéndose sin hacer un ruido. Había un armario de equipo a su derecha, y si simplemente pudiese colarse dentro y sacar su comunicador para avisar a los demás, tal vez podría salir de allí con vida. Si no fuera por que estaban en silencio de comunicaciones, porque creían que las comunicaciones podían ser interceptadas en una instalación imperial.

Se metió en el armario y mantuvo la puerta abierta una rendija. ¿Qué afortunado podría ser un tipo, encontrándose con su Alteza Lord Vader de nuevo?

Observó mientras Vader avanzaba pasillo abajo, pasaba su mano enguantada sobre un sensor, y entraba en una oficina.

Russell Wake siempre había intentado mantenerse fuera de la política. Tenía suerte de vivir en Bellassa, pues lo hacía fácil, al menos antes de las Guerras Clon. Se elegía a los gobernantes, y era fácil ignorar el flujo y el reflujo normal de escándalo y oportunidades perdidas, corrupción, y ostentación. Incluso cuando comenzaron las Guerras Clon, él se encontró capaz de evitar posicionarse. No podía entusiasmarse por combatir contra Separatistas, pues ellos combatían contra un Senado que estaba plagado de avaricia y corrupción. ¿Quién podía decir que estaban equivocados?

Entonces el Imperio asumió el mando. Y de repente todo lo que valoraba en su vida le fue arrebatado. El Emperador volvió su grisácea mirada de piedra hacia Bellassa y la consideró digna de conquista y ejemplo. Quiso instalar un gobernador, y los bellassanos se opusieron. Y una vez que esa objeción fue registrada como sólida oposición, el Imperio tuvo que caer encima de ellos.

Habían menospreciado la oposición. Y aunque él intentó mantenerse apartado, el viejo corazón de Russell Wake se avivó. La libertad se convirtió en algo más que un concepto para él; era una realidad tan firme como el turborrastrillo que sujetaba en sus manos.

Las cosas con las que contaba habían desaparecido. Los políticos que alzaban sus voces habían sido silenciados. La prensa, clausurada. Una vez que el Imperio tuvo instalada su guarnición y controló el gobierno, la gente fue encarcelada sin juicio o

cargos; el miedo gobernaba la ciudad, y aquellos que dirigían el gobierno eran reemplazados si protestaban.

Pero si Russell se preocupaba por todo esto, eso no significaba que alguna vez hubiese querido luchar. Los miembros de la resistencia tenían coraje físico. Russell podía no mostrar misericordia cuando se trataba de una mala hierba ahogando a su arbusto de flores de plata, pero sabía muy bien que se desmoronaría ante cualquier peligro auténtico. La idea de unirse a un movimiento de resistencia nunca formó parte de sus planes.

Hasta que atravesó una puerta y vio a Ferus Olin.

Así que ahora estaba allí sentado, con sus palmas resbaladizas por el sudor, y esperando a que Ferus y su grupo hiciesen lo que fuera que necesitasen. Les había dado quince minutos. Sin duda, él podría mantener la calma durante quince minutos.

Si sólo no fuesen unos minutos tan largos...

Su puerta se abrió con un siseo, y él salió disparado de su silla tan rápidamente que se golpeó las rodillas en la consola.

Su peor miedo estaba en su puerta.

—Parece... nervioso esta noche —dijo Darth Vader.

Su corazón estaba desbocado, golpeando contra su pecho tan fuerte, que sin duda era visible. Parecía no ser capaz de encontrar su aliento. —Es una noche larga —dijo él.

De alguna manera, incluso mientras su corazón golpeaba, su aliento había desaparecido y su boca estaba tan seca como un planeta desértico, de alguna manera consiguió permanecer de pie, justo delante de la consola donde la luz indicadora brillaba en amarillo, indicando un problema de seguridad, y bloquearla.

—Hoy fue visto hablando con Ferus Olin —dijo Darth Vader.

Él fingió quedarse en blanco un momento. —Oh, sí. —Así que esto era lo que pasaba, simplemente una inquisición regular. Había oído que a Vader le gustaba hacer preguntas a las personas en horas extrañas, desestabilizándolas. Se aclaró la voz. No te aclares la voz, te hace parecer culpable—. En el jardín. Durante unos minutos.

— ¿De qué discutisteis?

—De jardinería.

De repente Russell sintió una constricción extraña en su garganta. Su mano se alzó rápidamente para aflojar su túnica.

—No es su ropa —dijo Darth Vader.

La constricción aumentó. Estaba quedándose sin aire.

No era como si la vida de Russell pasase rápidamente ante sus ojos. No era como si recordase todo desde su nacimiento hasta ese momento. Pensó en su esposa, pensó en su hija, y pensó en el coraje que pensaba que no tenía, y de repente, allí estaba, en sus manos. Coraje, desafío y orgullo.

—No tengo nada... que decir...

Miró fijamente al visor negro, oyó el sonido precipitado del aliento de Vader. Sintió un vacío, como si la criatura que tan casualmente le arrebatara la vida no tuviese ningún sentimiento en absoluto. Cerró los ojos para poder bloquear la visión de ese vacío despiadado. En lugar de eso, imaginó las cosas que le alimentaban. Su huerto. Su esposa. Su hija.

Viajaba por un túnel de negrura. Salían chispas de sus dedos, de sus talones. Ya no había dolor.

Sólo deseaba... sólo deseaba que alguien pudiese saberlo.

Al final había encontrado su coraje.

\*\*\*

Ferus vio inmediatamente que el hangar estaba vacío. Salió corriendo por el pasillo. Estaba casi en la sección noreste cuando vio a Trever corriendo a toda velocidad hacia él, su pelo goteaba de sudor.

—Vader —dijo sin aliento.

—¿Dónde?

Trever apuntó con su barbilla. —Entró en una oficina, hizo preguntas sobre ti... a un viejo...

—Russell —Ferus comenzó a moverse, pero Trever le llamó.

—Es demasiado tarde —Ferus se giró. La cara de Trever estaba cenicienta—. Le preguntó, pero Russell no dijo nada... así que... —Trever se tragó el aire—. Lo vi. ¡Lo vi todo, Ferus!

Ferus vio que el niño estaba cerca del límite. Había visto tantas cosas, pero aún no había visto esto, la destrucción casual de un ser vivo, cara a cara, sin ningún otro motivo que extraer una información.

Ferus agarró a Trever y le condujo rápidamente hacia el laboratorio. Le llevó hasta una pequeña habitación lleno de equipo. —Quédate aquí. No te muevas. Volveré a por ti cuando sea seguro. Y toma esto —Ferus le dio a Trever el chip de información del datapad de Roan—. Escóndelo.

—Pero qué...

—Wil tiene que verlo. Si no regreso, ve al hangar poco antes del amanecer. Habrá transportes entrando y saliendo. Intenta colarte a bordo, eres bueno en eso. Yo debería ser capaz de regresar y recogerte.

—¿Pero qué vas a...?

—Trever, no hay tiempo. Uno de nosotros tiene que salir. Podrías tener que ser tú. Sólo una cosa: ¡mantente lejos de Vader!

Ferus se marchó. Al menos tenía que asegurar la seguridad de Trever. Era demasiado tarde para Russell.

Corrió de vuelta por donde había venido, pensando rápido. No podía luchar contra Vader; no tenía la habilidad. Lo haría, si fuese su último recurso. Pero ahora su mejor estrategia sería fingir. Tenía que recordar que hasta donde Vader sabía, él era leal al Imperio.

Corrió por el último pasillo, girando hacia la puerta donde esperaban Roan y Amie. Se detuvo de golpe. Darth Vader estaba entre él y sus amigos.

Vader no se volvió. —Ah, Olin se ha unido a nosotros. Quizá puedas explicar qué están haciendo aquí estos ladrones.

—El Emperador me pidió que vigilase la seguridad por aquí —dijo Ferus, improvisando. Vader no podría comprobarlo hasta más tarde. Y más tarde Ferus estaría de vuelta en la clandestinidad o fuera del planeta.

Si eso funcionaba.

—Puedo ponerlos bajo custodia —dijo él.

Vader se giró a medias. —¿Crees que no reconozco a Roan Lands? ¿Crees que sería tan tonto como para dejar que te lo llevaras?

—Es un antiguo socio, sí, pero...

Ocurrió antes de que pudiese decir otra palabra. Más rápido que un parpadeo. Más rápido de lo que había visto moverse a nadie, excepto Yoda.

El sable láser no había estado allí, y entonces apareció, y el sable láser era un borrón. Vader se movió sin parecer moverse, y el sable láser atravesó a Roan, directamente en su pecho. Directamente en su corazón.

Roan cayó de rodillas. Al principio, el dolor nubló su mirada pero no flaqueó, simplemente miraba a Ferus. Le miró larga e intensamente y le dijo muchas cosas en el espacio de un segundo.

No te delates por mí.

Amie gritó y se arrodilló para ayudar a Roan. Ferus corrió hacia adelante y le sujetó mientras caía. No le importaba su tapadera, ni siquiera le importaba la advertencia de Roan, sólo conocía el inmenso dolor que sentía.

Roan trató de alcanzar el antebrazo de Ferus, sus dedos se resbalaron. Ferus agarró la mano de Roan y la colocó en su brazo. Entonces puso su mano en el otro brazo de Roan haciendo su saludo privado, su despedida privada. Apretó el brazo de Roan, deseando que pudiese pasarle su fuerza.

Había visto suficientes muertes para saber que era demasiado tarde. —Adiós, hermano —le susurró. Sintió que el espíritu de Roan se elevaba, lo sintió volar.

Y se quedó solo.

Tan solo que no había ningún pensamiento, sólo una furia tan negra que borraba todo lo demás.

Se lanzó contra Darth Vader, con su sable láser en la mano.



## CAPÍTULO DIECINUEVE

Su sable láser atravesó el aire.

Pensó que al menos tendría el elemento sorpresa, pero Vader había esperado el ataque. Lo había deseado. Lo había provocado. Había matado a Roan para provocar a Ferus. No había otra explicación para eso, y ello sirvió para alimentar la furia de Ferus.

¿Roan había muerto por esto?

Ferus oyó a Amie gritar, pero no podía centrarse en nada más que en su propia necesidad de clavar profundamente su sable láser en Vader. Giró rápidamente y atacó otra vez, pero de nuevo Vader ya no estaba allí, moviéndose con una velocidad y una ligereza sorprendentes considerando su armadura corporal.

Ferus sintió el lado oscuro de la Fuerza llenando el aire, estrangulándole. Y de repente su cuerpo fue alzado, y él quedó colgando en el aire como una marioneta. Bajó la mirada hacia el casco de Vader.

—Estoy aburrido —dijo Darth Vader. Colocó su brillante sable láser contra el cuello de Ferus.

Ferus esperó a que le matara. Miró directamente a ese casco y sintió el apasionamiento de algo... personal. Un odio profundo en un corazón negro, un odio tan grande que era dirigido no tanto hacia Ferus sino a lo que él representaba.

¿Cuál es la fuente de su odio?

Los soldados de asalto llenaron el pasillo repentinamente, con sus rifles láser alzados en modo de ataque. Ferus sintió que el agarre de Fuerza se relajaba, y chocó contra el suelo.

—Cogedle. Y a ella. Y sacad a ese otro —la orden de Vader fue precisa.

— ¿Y el arma, señor?

Vader se giró y bajó la mirada hacia la empuñadura del sable láser todavía en la mano de Ferus. —Puede conservarlo. Como recordatorio de su fracaso.

Se dio la vuelta, fue andando pasillo abajo y desapareció.

Los soldados de asalto arrastraron a Roan como a un saco de grano.

Ferus sintió que le levantaban, obligándolo a caminar junto a Amie. De nuevo a prisión. Ejecución, con toda seguridad. No le importaba.

## CAPÍTULO VEINTE

Trever no había dicho estrictamente la verdad en la reunión con los Once. Él no era tan bueno obedeciendo órdenes. Nunca había podido quedarse en un sitio sólo porque alguien se lo pidiese. Ni siquiera Ferus podía conseguir que hiciera eso.

Así que observó desde la esquina y lo vio todo. Vio la conmoción de la acción de Vader. Vio a Roan caer de rodillas. Vio a Ferus cargando, y esperó a que Ferus muriese.

No podía dejar de temblar.

Pensaba que lo había visto todo. Pensó que podía manejar cualquier cosa. Pero sintió como si su mente se hubiese roto después de ver esa noche.

Ella le encontró en el laboratorio, una mujer alta y delgada vestida con una túnica rojo oscuro que le legaba por las rodillas. Cuando abrió la puerta, un rayo de luz iluminó su cara. Él se dio media vuelta pero no se movió. No podía pensar en correr nunca más.

Ella se arrodilló enfrente de él. —Bueno, hola.

Él puso su cara contra las rodillas.

—Hay seguridad por todo el edificio —murmuró ella—. Oí que alguien entró a escondidas. Tomaron algunos prisioneros. Te ayudaré.

Él alzó la mirada.

—Soy tan prisionero como tu —le dijo ella—. Pero intentaré sacarte.

—Se supone que tengo que ir al hangar —dijo él—. Antes del amanecer.

—Puedo hacer eso. Tengo autorización. ¿Puedes caminar?

Por supuesto que podía caminar. Pero cuando se puso en pie, sus piernas estaban temblando. Su mano estaba fría mientras ella cerraba sus dedos alrededor de los suyos. Ella apretó su mano ligeramente.

Fue ese toque lo que le trajo de vuelta. Se había sentido tan solo. Había necesitado conectarse a algo, incluso si era simplemente un toque de un desconocido.

Ella asintió reconfortantemente, y movió un carro hacia él con un gran bidón. —¿Cebes dentro?

Él trepó adentro. Se agarró las rodillas y se hizo una pelota. Las paredes de duracero del bidón estaban frías. Ella deslizó la tapa, dejándole una rendija para respirar.

—Allá vamos.

Ella encendió el motor del repulsoelevador, y Trever sintió el zumbido que surgía a través del fondo del bidón. Sintió como se movían, sintió cada giro del pasillo.

Entonces algo cambió, la luz, el ruido, y supo que estaba en el hangar.

—Dejando esto para su eliminación —dijo la mujer—. Clase D, tóxico, así que no debe ser abierto.

—Afirmativo —La voz breve y mecánica de un soldado de asalto.

Y entonces la tapa se retiró. Él alzó la mirada hacia unos preciosos ojos oscuros.

—Esto será cargado en un trineo gravitatorio y lo llevarán a la parte trasera ocupada para el batallón. Eso lo realizan los droides, así que espera a que estén ocupados negociando con el tráfico aéreo. Sólo ponte a salvo y bájate antes de que llegue a la guarnición. Buena suerte, quienquiera que seas.

—Espera —alzó la mano hasta la tapa del bidón y la retiró—. Ya habías planeado esto. Ésta era tu vía de escape.

Ella se mordió los labios. —Sí.

—Pero una vez que yo lo haga, no podrás tomarla.

Ella le miró durante un momento largo. Él vio que ella estaba rindiendo algo que le hacía seguir adelante, que le daba una razón para esperar. Si las cosas se ponían demasiado malas, ella siempre podría escapar. Ahora ella no tenía esperanza.

—Simplemente vete —dijo ella, y cerró la tapa.

Apoyó su mejilla contra el frío metal. No sentía miedo. Estaba listo para cualquier cosa que sucediese. Estaba tan cansado de correr.

Pronto fue alzado y bajado otra vez. Sintió el bandazo del trineo gravitacional mientras se movía.

Esperó hasta que escuchó los sonidos del tráfico aéreo pesado, peatones, la ciudad de Ussa cobrando vida. Incluso sin poder ver, era capaz de trazar su progreso a través de la ciudad simplemente escuchando los sonidos familiares. Esperó hasta que estuvo seguro de que estaban en el centro de la ciudad, el distrito más poblado, Piedrazul, y entonces abrió la tapa. Los droides eran simples droides de servicio, pero tenían blásters incorporados en sus troncos. Ahora estaban ocupados monitorizando el tráfico aéreo y controlando el trineo gravitatorio. Salió con cuidado del bidón. Un piloto de aerodeslizador que pasaba por allí se fijó en él, pero esto era Bellassa, donde todos los ciudadanos mantenían la boca cerrada, así que apartó la mirada.

Agachándose detrás del bidón, Trever esperó hasta la siguiente parada del tráfico. Entonces saltó del trineo gravitatorio. Estaba casi a ocho metros del suelo, y cayó con fuerza, sintiendo la sacudida en sus rodillas. Pero rodó y se puso en pie rápidamente.

Se perdió entre el gentío emergente. Los sonidos de la ciudad eran familiares y le confortaron. Logró llegar hasta la casa refugio. Mientras se acercaba, sus pasos se hicieron más lentos. No quería dar la noticia. No quería decirlo en voz alta.

Wil abrió la puerta. Agarró a Trever por los codos y metió dentro. —¿Qué pasó? ¿Dónde está Amie?

—Capturada.

Wil se apoyó contra la pared. —He pasado toda la noche sin dormir... esperando. ¿Roan?

—Ferus también fue capturado. Vader estaba allí.

Lentamente, Wil se enderezó. —Roan.

—Muerto —Trever sintió que su boca se torcía.

Escuchó un gemido, y Dona entró, sus manos contra su boca.

Wil, quien era siempre tan fuerte, aturdió a Trever simplemente dejándose caer al suelo del pasillo. Puso la cabeza entre las manos.

Wil siempre había sido tan brusco y remoto. Era una figura legendaria en Ussa, uno de los miembros fundadores de los Once. Trever nunca había pensado que pudiera estar tan desesperado. Eso se añadió a su propio miedo, y comenzó a temblar otra vez.

Dona puso su mano firme sobre su hombro. —Ven.

Él la siguió hasta la casa. Ella le tumbó en un jergón y le cubrió con dos mantas. —Necesitas calentarte.

Trever se dio cuenta de lo frío que estaba.

Ella desapareció y regresó con una taza de té hirviendo. —Bebe esto.

—No puedo.

Wil apareció. Cruzó la habitación y se agachó junto a él. —Ocurre algunas veces después de una batalla. Los temblores. Te pondrás bien.

Trever escondió su cara de Wil.

—Me ha ocurrido a mí —dijo Wil—. Más de una vez. Así que no te avergüences.

Wil desapareció otra vez. Trever bebió el té, sin saborearlo, sólo sintiendo el calor extendiéndose a través sus huesos.

Pareció pasar un largo rato antes de que Wil reapareciese.

—Ya está en la HoloRed. Están alardeando sobre ello —Wil se veía como si hubiese envejecido diez años en la última media hora.

—Vi a Roan morir —dijo Trever—. Vader actuó tan rápidamente. Nadie lo esperaba. Roan no siquiera tenía un bláster en la mano...—vio la angustia reflejada en los ojos de Wil.

Roan le había lanzado bollos para desayunar y le había aconsejado cuando lo necesitaba. Le había dejado dormir en la oficina cuando hacía frío y miraba hacia otro lado si Trever se quedaba con algunos créditos de camino a la salida. Y entonces, cuando Trever ya no fue un ladronzuelo sino un compañero de la resistencia, nunca le había hecho sentir menos que cualquier otro. Le había aceptado. Junto con Ferus, era lo más cercano a la familia que Trever había conocido desde que su familia murió, todos y cada uno de ellos. Madre. Padre. Hermano. Roan.

Metió la mano en el bolsillo de su túnica cosido contra su piel. Sacó el chip y se lo dio a Wil. —Hay algo aquí. Algo que descubrieron.

Wil lo tomó. —Al menos tenemos esto.

Trever alzó la mirada. Podía sentir algo agarrándose en su interior, algo poco familiar, y se dio cuenta de que era el miedo que se había metido muy hondo, que quizá nunca podría salir. —Wil —susurró—, por primera vez... creo que podríamos perder.

La mano de Wil le apretó. —No perderemos. Pero tengo que sacarte del planeta.

Trever se enderezó. — ¡No!

—Contacté con Flame. Ambos vais a Coruscant.

— ¡Quiero ayudar aquí!

—No puedes, Trever. Es sólo cuestión de tiempo antes de que empiecen a buscarte a ti también. Han rastreado el vehículo que tu, Amie y Roan usasteis para ir a la fábrica, y saben que eras parte del grupo. Había una cámara oculta de seguridad en un punto de control. Flame se ha ofrecido a sacarte del planeta, y Dexter Jettster está de acuerdo en dejar que ambos entréis en su casa refugio en Coruscant. Tienes amigos allí que te están esperando.

Trever miró Wil y a Dona. Lo que no estaban diciendo, pero él sabía, era que si insistía en quedarse, les pondría a todos en peligro. Tenía que encontrar el valor no para quedarse sino para marcharse.

Raramente pensaba en si él era valiente. Había ido dando tumbos de una situación a otro y se había mantenido de una pieza más por obstinación que por cualquier otra cosa. El coraje no vivía en él, de la forma en la que había vivido en Roan. Trever supo ahora que nunca antes había sido valiente, sólo ignorante. A pesar de las batallas que había visto, las cosas que él había presenciado, nunca se había dado cuenta verdaderamente contra lo que estaba luchando hasta esa noche.

No podía encontrar su coraje. Sólo tenía que aceptar su miedo. Y seguir adelante.

Asintió mostrando su acuerdo. En su corazón le dijo su primer adiós a Roan. Sabía que dejar marchar a Roan sería hecho centímetro a centímetro, un pequeño pedazo cada vez.

Pero no le dijo adiós a Ferus. Volvería a verle de nuevo. Si dejaba escapar esa esperanza, dejaría escapar demasiado.

Durante el vuelo a Coruscant, Flame le dejó estar, permitiendo un silencio confortable que le dio espacio para dormir, intentar comer y prepararse para lo que fuera que viniese a continuación. Dex había preparado un sitio de aterrizaje para ella, y ella ocultó la nave en un hangar que guardaba muchos vehículos estropeados, y sin duda no registrados.

—Coruscant está encontrando formas de evitar al Imperio —dijo Trever, mirando a su alrededor.

—Es inevitable —dijo Flame—. Incluso un gobierno poderoso no puede patrullar cada centímetro de espacio —se volvió hacia él—. Encontramos los lugares a los que no pueden llegar, y nos escondemos allí.

Trever pensó en la base del asteroide. Una diminuta brizna de esperanza, tan fantasmal como el humo, se retorció dentro de él. Bajó de la nave y fue detrás de Flame mientras ella avanzaba hacia el turboascensor.

Bajaron hasta el Distrito Naranja. Trever recordaba el camino. Nunca olvidaba una ruta. Ahora él abría la marcha, a través de las serpenteantes calles de tonos ámbar, hasta el callejón lleno de vueltas y calles sin salida que conducía a la casa refugio de Dex.

Entraron en el caos. Astri estaba de pie, esforzándose por rodear a Oryon, que bloqueaba la puerta con su cuerpo enorme. Keets estaba sentado en los escalones, con la cabeza entre las manos. Curran, con el hombro vendado, se apoyaba contra la pared. Y Dex en una silla repulsora, flotaba cerca, gesticulando con sus cuatro manos, un par cruzadas, el otro moviéndose.

—Astri, podemos ayudarte si nos dejas —decía Dex—. Necesitamos un plan.

—Puedo hacerlo por mi misma. ¡Estamos perdiendo el tiempo! —Astri golpeó el suelo con su bota—. ¡Con cada segundo que retenéis, se lo llevan más lejos! ¡Podría estar fuera del planeta de un momento a otro, podría estar en cualquier parte!

— ¿Que le ha pasado a Lune? —preguntó Trever, interviniendo. Nadie le contestó.

—Sabemos dónde está —la voz de Curran fue suave—. Eso es lo que estamos tratando de decirte.

— ¿Dónde está? —Astri giró para hacerle frente.

—Necesitamos un plan —repitió Oryon—. No puedes ir allí y...

— ¿Dónde está? —gritó Astri.

—Le han llevado a la Academia Naval Imperial —dijo Dex—. Le han alistado.

—Bog —dijo Astri fieramente—. Sabía que estaba detrás de esto; simplemente no pensaba que pudiese tener el valor para llevarlo a cabo.

—No necesitaba valor, necesitaba recursos —dijo Clive—. Ahora los tiene. Sano Sauro está a cargo de la academia. Es una degradación para él, pero Bog y Sauro son aliados desde hace mucho tiempo, como ya sabes.

—No puedes ir corriendo hasta allí por ti misma —dijo Dex—. Hay una gran seguridad por todo el perímetro. Ni siquiera los padres pueden entrar si no tienen autorización. Y tú no tendrás autorización.

— ¿Entonces cuál es vuestro gran plan? —preguntó Astri, con un reto en su voz. Su barbilla estaba alzada, y sus ojos transmitieron su desafío. Trever podía ver que ella no confiaba en nadie para ir tras Lune aparte de sí misma.

Los demás intercambiaron miradas. —Bien, todavía no tenemos uno —admitió Oryon—. Acabamos de descubrir dónde estaba hace algunos minutos.

—Astri, querida, tienes que confiar en nosotros —dijo Clive—. Tal y como somos. Mira a tu alrededor. Tenemos un montón de habilidades aquí. Pensaremos en algo. Le traeremos de vuelta. Todos nosotros.

La voz de Keets estaba ronca. —Es una promesa. Moriré intentándolo, pero te lo traeré.

—No necesito promesas. Necesito ir. Tengo que ir a por él —Los ojos de Astri se llenaron de lágrimas—. Pensáis que él es tan fuerte, y lo es. Pero aun es un niño. Todavía puede tener miedo. Tengo que intentarlo, diré que soy su madre, exigiré...

—Eso es justo lo que Bog quiere que hagas —dijo Oryon firmemente—. Si apareces, serás arrestada en lo que tardes en descender la rampa.

De repente el cuerpo de Astri sufrió un colapso, y ella dobló, agachándose cerca del suelo, poniendo la frente contra sus manos unidas.

Todo el mundo comenzó a hablar al mismo tiempo, sobre la localización de la academia, la seguridad probable, dónde conseguir un vehículo de huida, si los servicios de entregan serían vulnerables a la infiltración.

Trever dio un paso adelante. —Tengo un plan —dijo él. Todo el mundo dejó de hablar. Todo el mundo le miró—. Me alistaré —dijo él.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Ferus revivió una y otra vez el momento en el que el sable láser atravesaba el cuerpo Roan. Una y otra vez sintió la conmoción por ello. Una y otra vez se preguntó si podría haberse movido, si podría haberlo previsto, si no hubiese sido tan estúpido, tan lento, tan convencido de que Darth Vader seguiría el procedimiento, en lugar de atacar a un hombre que no alzaba ningún arma contra él.

Estaba en una celda, solo. Yacía en el duro suelo de ferrocemento, con la mejilla contra ello. Sabía por qué Vader le había dejado conservar su sable láser. Era una burla. Vader sabía que a Ferus le torturaría sentir su peso familiar en el cinturón, poner los dedos en su empuñadura, y saber que su entrenamiento no había significado nada. Su sable láser era inútil. Vader estaba en lo cierto.

En alguna parte por encima de él se encontraba el cielo, el espacio e incontables estrellas, y él sólo era una partícula de la galaxia, y estaba solo. Roan se había ido. Su amistad había estado llena de separaciones, pero siempre se habían reencontrado. Habían confiado el uno en el otro y se habían guardado las espaldas, y en un momento de error de cálculo criminalmente estúpido había subestimado a su adversario, y por eso, Roan estaba muerto. Por él.

La vida seguiría a su alrededor, pero él no sería el mismo. Ahora le mostraría a la galaxia una cara diferente. La pena le había cambiado para siempre. Sintió esto tan claramente como podía sentir el ferrocemento contra su mejilla.

La muerte de Roan había introducido miedo en su vida. Sus poderes eran tan insignificantes comparados con los de aquellos a los que se enfrentaba. Su voluntad le había llevado hacia adelante. Ahora se daba cuenta de que en los rincones más secretos de su corazón, había mantenido una esperanza. Que un día esto habría acabado y él podría volver a su vida con Roan. No había conocido el significado de la familia cuando había estado con los Jedi, pero ahora lo sabía, y esa pérdida era insoportable.

Lo que demostraba que no era un Jedi. El apego no debería ser su razón para seguir.

Si no era un Jedi, ¿qué era?

¿Y qué importaba? Pues pronto estaría muerto. Qué curioso sentir que no le importaba.

Pero antes de que le matasen, reviviría la muerte de Roan una y otra vez.

El sable láser se movió tan rápido, fue como si saltase de la mano de Vader. El golpe mortal fue asegurado y conducido por la Fuerza, el lado oscuro que rodeaba a Vader y pulsaba firmemente desde él. Sólo había sido un borrón.

Ferus se puso derecho de repente. Había oído una voz tan claramente como si hubiese hablado en voz alta.

Analízalo, Ferus.

¿Obi-Wan? Eso era lo que él diría, de esa forma fría que podría ser tan molesta.

Analiza el movimiento; no lo veas como un borrón. Eres un Jedi, ¡sí, lo eres!, así que se un Jedi.

Él no se sentía como un Jedi. Pero obedecía esa voz e intentaría analizarlo.

Cerró los ojos y agarró el recuerdo. Esta vez se esforzó por dejar atrás sus sentimientos. Tenía que verlo claramente.

Vio a Darth Vader moverse. Vio la onda de su capa. La forma en la que giraba su cuerpo, la posición de sus pies, la forma en la que su brazo se movió. Había utilizado un

clásico movimiento evasivo Jedi, girando el sable láser 360 grados, pero la rotación se había movido tan rápidamente que él había sido incapaz de seguirla.

Secciónalo.

La Forma IV. Después la Forma VII, la forma Jedi más avanzada. Realizada agresivamente, con un control impecable.

La frialdad agarró su corazón. Movimientos Jedi.

El movimiento había sido realizado con una gracia y una delicadeza que no se debían al entrenamiento si no al cuerpo de Vader. Le aportaba una gran elegancia individual de tal manera que la hacía suya.

Algo familiar acerca de esa forma. Una agresión, una confianza... Eso activó un recuerdo que no podía tocar. ¿Pero quién podría ser?

Si sólo pudiese saber cuántos años tenía Vader. ¿Había estado en el Consejo? Tal experiencia así lo sugería.

Le conozco. Conozco la forma en la que se mueve.

Pero todo el mundo con el que había estudiado estaba muerto. No podía asegurar que todos los Jedi que él había conocido estaban muertos, pero sabía el destino de todos los Padawans. Tuvo que haber sido un instructor, o quizá un Maestro Jedi que había estado fuera durante largos periodos de tiempo, tanto que incluso había perdido su conexión con el Templo Jedi, y Palpatine se había aprovechado...

¿Cómo podía un Jedi ser convertido? No parecía posible, no para cualquier Jedi que había conocido personalmente.

Su puerta se abrió con un siseo. El mismísimo Emperador Palpatine estaba en el umbral, flanqueado por la Guardia Roja.

Ferus se puso en pie.

Palpatine se deslizó al interior, sus manos estaban escondidas en los pliegues de su túnica. Los guardias permanecieron fuera mientras la puerta se cerraba.

—Estoy considerando tu destino —dijo él.

Ferus no reaccionó. Esperó la trampa.

—Fue un incidente lamentable. Aparentemente notaste la brecha en la seguridad, aunque mentiste acerca de que yo te pedí que monitorearas la seguridad. Quizá podemos aceptar que estabas enardecido en tu deseo por impresionarme... y desafortunadamente esos que se colaron te eran conocidos. Naturalmente, Lord Vader cree que eras parte de la misión, y debo decir que en una competición entre su palabra y la tuya ganaría él.

Ferus se preguntó a dónde quería llegar Palpatine.

—Y el hecho de que tomases armas en contra de Lord Vader es, por supuesto, razón para la ejecución por sí solo. Aun así.

Palpatine se acercó algunos pasos más. Ferus deseó que no lo hiciera. El aire a su alrededor era apestoso.

— Te confiaré que últimamente creo que Lord Vader ha estado sobrepasando su autoridad. El asesinato de Roan Lands, por ejemplo. Muy mal. Estamos en el centro de una operación delicada aquí en Bellasa. Queremos el apoyo de la gente. El apoyo a la resistencia estaba debilitándose, y ahora volverá a reavivarse. Muy desafortunado. Es mi tarea lograr la estabilidad en la galaxia. Esto quiere decir que tengo permiso para romper las reglas. Las reglas, por ejemplo, sobre el castigo por atacar a un oficial imperial de alto rango.

Ferus todavía no habló. Dejaría que acabase esta obra teatral. No tenía interés en lo que diría Palpatine. Había terminado de jugar a ese juego.

—Si sólo tuviese a alguien en que poder confiar realmente —dijo Palpatine—. Alguien que comprendiese mis metas. Si encontrase a ese alguien, los regalos que podría darle serían... inmensos.



Ferus apartó la mirada. Deseaba que Palpatine dejase de hablar.

—El poder sobre la vida y la muerte —dijo Palpatine.

Ferus no se volvió, pero sintió que se le erizaba el pelo de su nuca.

—Ah, veo que por fin tengo tu completa atención. Puedo enseñarte cosas que te harán más poderoso que Vader. Llevará su tiempo. Pero sólo tiempo.

Más poderosos que Vader. ¿Era eso posible?

—Sí, es posible —dijo Palpatine—. Pues yo le creé, ¿verdad? —dio otro pequeño paso hacia Ferus. Esta vez Ferus no se echó hacia atrás.

—Tienes el potencial para ser el Jedi más grande jamás conocido —siseó Palpatine—. Tienes todas las materias primas. Sólo careces de entrenamiento. Serás capaz de usar la Fuerza de formas con las que nunca has soñado.

Palpatine hizo una pausa, dejando que sus palabras pendiesen en el aire.

—Demasiado que asumir, ¿verdad? Vayamos paso a paso, entonces. Primero, pondré a los Inquisidores a tu disposición. El senador Sano Sauro tiene un plan para reunir a los adeptos a la Fuerza. Lord Vader no está interesado en esto, pero tiene posibilidades. Pero tú podrías asumir el mando de la búsqueda de adeptos a la Fuerza. Con la ayuda de los Inquisidores. Sauro no está progresando porque no comprende la Fuerza. Se necesita un adepto a la Fuerza para encontrar a otro.

Él podría hacerlo. Podría reunir adeptos a la Fuerza, y en lugar de entregarlos, podría llevarlos al asteroide.

Y durante todo el tiempo se estaría volviendo más poderoso. Hasta que pudiese desafiar a Lord Vader por sí mismo.

Esta vez no se encontraría colgando en el aire como una cosa inútil, e invertebrada, a merced de Vader.

Esta vez sería el que sorprendería a Vader. Vader sería el indefenso. Y Roan sería vengado.

Vader le había convertido en un hombre destrozado, pero él podría recomponerse.

Sostuvo la mirada de Palpatine por primera vez. Miró directamente a los pozos oscuros que eran sus ojos.

—Estoy listo para aprender —dijo él.

Traducción: Yavin201

Revisión: Nacho\_Kenobi

LSWT - [www.starwarstotal.org](http://www.starwarstotal.org)

- De Fans para Fans, no vender o alquilar. -